

Hispaniæ

Las provincias hispanas en el mundo romano

DOCUMENTA 11

INSTITUT CATALÀ D'ARQUEOLOGIA CLÀSSICA

Tarragona, 2009

Reunión de Tudela sobre Historia Antigua (3a : 2007)

Hispaniæ : las provincias hispanas en el mundo romano. – (Documenta ; 11)

Recull de les ponències de la III Reunión de Tudela sobre Historia Antigua, que va tenir lloc a Tudela (Navarra) els dies 18, 19 i 20 d'abril de 2007. – Bibliografia. Índexs

ISBN 9788493680954

I. Andreu Pintado, Javier, 1973- , ed. II. Cabrero, Javier, ed. III. Rodà, Isabel, ed. IV. Institut Català d'Arqueologia Clàssica V. Títol VI. Col·lecció: Documenta (Institut Català d'Arqueologia Clàssica) ; 11

1. Romans – Península Ibèrica – Congressos 2. Península Ibèrica – Història – 218 aC-414 dC, Període romà – Congressos 3. Península Ibèrica – Arqueologia romana – Congressos
946”-0218/0415”(061.3)

Aquesta obra recull les ponències de la III Reunión de Tudela sobre Historia Antigua, que va tenir lloc a Tudela (Navarra) els dies 18, 19 i 20 d'abril de 2007, organitzada pel Centro Asociado de la UNED de Tudela i amb el suport del Ministerio de Ciencia y de Innovación. Hi van col·laborar les entitats següents: el Departamento de Historia Antigua de la UNED, el Vicerrectorado de Extensión Universitaria de la UNED, la Sociedad Española de Estudios Clásicos, la Sociedad de Estudios Históricos de Navarra, la Institución Príncipe de Viana del Gobierno de Navarra i l'Institut Català d'Arqueologia Clàssica.

© d'aquesta edició, Institut Català d'Arqueologia Clàssica (ICAC)
Plaça d'en Rovellat, s/n, 43003 Tarragona
Telèfon 977 249 133 – Fax 977 224 401
info@icac.net – www.icac.net

© dels textos, els autors
© de les figures, els autors, llevat que s'indiqui el contrari
© de la correcció, Carla Palacio Pastor (castellà)

Primera edició: juny del 2009

Coordinació: Publicacions de l'ICAC

Fotografia de la coberta: figura d'Hispania en el revers d'un denari d'Adrià
(Museu Nacional d'Art de Catalunya / Fotògrafs: Calveras, Mérida, Sagristà)

Disseny de la col·lecció i de la coberta: Formats

Maquetació i impressió: Indústries Gràfiques Gabriel Gibert

Dipòsit Legal: T-637-2009

ISBN: 978-84-936809-5-4

DOCTISSIMO MAGISTRO CARISSIMO AMICO OPTIMO VIRO

GÉZA ALFÖLDY

ADVERSISSIMA INFIRMITATE MIRIFICE DEBELLATA

SODALES ET COLLEGAE ET AMICI
RERVM ANTIQVARVM LATINARVMQVE INSCRIPTIONVM STVDII CVRANTES
PROPTER SALVTEM RESTITVTAM
GAVDII PLENI ATQVE LAETITIAE EXVLTANTES

HOC DE ROMANIS HISPANICIS PROVINCIIIS VOLVMEN
ADMIRATIONIS FIDELITATIS PIGNVS
LIBENTER EO BENEMERENTI DEDICANT

TVTELA NAVARRENSIS ET TARRACONE
ANTE DIEM X KALENDAS IVLII ANNO DOMINI MMIX

SUMARIO

<i>Praefatio</i>	
<i>Luis J. Fernández Rodríguez</i> , director de la UNED de Tudela	9
<i>Isabel Rodà de Llanza</i> , directora del Institut Català d'Arqueologia Clàssica	10
Nota de los editores	11

Pars I: Imago Hispaniarvm **En torno a las fuentes sobre las *Hispaniae***

La visión de Hispania en las fuentes clásicas	17
<i>Javier Cabrero Piquero</i>	
La documentación arqueológica: su aportación al conocimiento de la Hispania romana	29
<i>Manuel Bendala Galán</i>	
Las amonedaciones hispanas en la Antigüedad	47
<i>Francisca Chaves Tristán</i>	
Los estudios epigráficos en Hispania (1756-1920). Un apunte desde los fondos manuscritos de la Real Academia de la Historia	99
<i>Juan Manuel Abascal Palazón</i>	
Algunos condicionantes estructurales a la disposición epigráfica en la ciudad romana hispana	125
<i>Ángel A. Jordán Lorenzo</i>	
<i>Scripta manent, loquuntur saxa</i> : epigrafía latina e Hispania romana.	139
<i>Javier Andreu Pintado</i>	
La imagen de Hispania en la historiografía de los siglos XVIII y XIX.	159
<i>Mirella Romero Recio</i>	
Orígenes y consolidación de los estudios sobre Hispania antigua en la universidad española	173
<i>José M^a. Blázquez Martínez</i>	

Pars II: Hispaniae ex Roma **La presencia de las *Hispaniae* en la historia de Roma**

Hispania en las provincias occidentales del Imperio durante la República y el Alto Imperio: una perspectiva arqueológica	193
<i>Isabel Rodà de Llanza</i>	
Hispania y su conquista en los avatares de la República Tardía	223
<i>Francisco Pina Polo</i>	
Escritores hispanorromanos	237
<i>Antonio Alvar Ezquerria</i>	
Hispanos en el trono imperial: reflexiones en torno a Trajano y Adriano	251
<i>Pilar Fernández Uriel</i>	
La extracción de hispanos para formar parte de la aristocracia imperial: senadores y caballeros	265
<i>Antonio Caballos Rufino</i>	

Soldados hispanos en el ejército imperial romano	283
<i>Patrick Le Roux</i>	
Productos hispanos en los mercados de Roma: en torno al consumo de aceite y salazones de <i>Baetica</i> en el Alto Imperio.	293
<i>Lázaro Lagóstena Barrios</i>	
La importancia del <i>marmor</i> en Hispania y las piedras locales. Aportaciones al caso de <i>Tarraco</i> y su territorio en época altoimperial	309
<i>Pedro Otiña Hermoso</i>	

Pars III: Roma ex Hispania

Las *Hispaniae* como *provinciae* del Imperio

Organización administrativa y territorial de las provincias hispanas durante el Alto Imperio	323
<i>Pablo Ozcáriz Gil</i>	
Luces y sombras del Edicto de Augusto hallado en El Bierzo	339
<i>Carmen Castillo García</i>	
La organización provincial de Hispania durante el Imperio Romano (siglos I-III)	345
<i>Francisco Javier Navarro</i>	
Vida municipal y ordenamiento político de las comunidades hispanorromanas	361
<i>Juan Francisco Rodríguez Neila</i>	
Reflexiones sobre la latinización de Hispania en época republicana.	377
<i>Estela García Fernández</i>	
Las elites municipales hispanorromanas a fines de la República y en el Alto Imperio: ideología y conductas socio-políticas	391
<i>Enrique Melchor Gil</i>	
<i>Imago Romae</i> : autorrepresentación de la sociedad a través del retrato	411
<i>Trinidad Nogales Basarrate</i>	
El culto imperial y su proyección en Hispania	425
<i>Fernando Lozano y Jaime Alvar</i>	
La organización sacerdotal del culto imperial.	439
<i>Marta González Herrero</i>	
Organización y gestión del territorio hispano	453
<i>Carmen Santapau Pastor</i>	
Aspectos da religiosidade vernácula na Hispânia Romana	465
<i>José d'Encarnação</i>	
La crisis del siglo III en Hispania: algunas reflexiones.	473
<i>Christian Witschel</i>	

Índices analíticos

Índice geográfico	507
Índice de fuentes	515
Índice onomástico	529
Índice de materias	534

**LOS ESTUDIOS EPIGRÁFICOS EN HISPANIA (1756-1920).
UN APUNTE DESDE LOS FONDOS MANUSCRITOS
DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA***

Juan Manuel Abascal Palazón
Universidad de Alicante

Resumen

El Archivo de la Real Academia de la Historia alberga la mayor colección de manuscritos epigráficos existente en España. Muchos de ellos son originales, y otros, copias obtenidas desde su creación en 1738. Con ellos se puede trazar sin dificultad la historia de los estudios epigráficos en nuestro país. Este trabajo narra ese proceso entre 1756 y 1920 a partir de ejemplos fundamentales.

Palabras clave

Epigrafía, manuscritos, España, Real Academia de la Historia.

Résumé

Dans les archives de la Royal Académie de l'Histoire à Madrid on y trouve la plus grande collection de manuscrits sur l'épigraphie latine de l'Espagne. La plus part d'eux sont textes originaux, mais il y a plusieurs copies obtenues depuis sa création, en 1738. Avec tous ces textes on y peut récréer l'histoire des études épigraphiques à notre pays. Ce travail décrit cette histoire entre 1756 et 1920 prenant le support des oeuvres des principaux auteurs.

Mots clé

Épigraphie, Manuscrits, Espagne, Royal Académie de l'Histoire.

* La redacción de este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto HUM-2006-07904 (José Andrés Cornide y la tradición manuscrita de la epigrafía hispanorromana en los siglos XVIII y XIX), financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia y como complemento al proyecto HUM-2006-04596 (El hábito epigráfico en la Bética occidental: una realidad lingüística y su dimensión histórica). En la transcripción de documentos se ha normalizado toda la tipografía.

Gregorio Mayans y el inicio de una época

La más antigua historia de los estudios epigráficos en Hispania acaba de cumplir 250 años y se debe a Gregorio Mayans (1699-1781), quien el 24 de junio de 1756 firmaba en su localidad natal de Oliva (Valencia), lo que tituló *Introductio ad veterum inscriptionum historiam litterariam* (Mayans 1756), un relato amplio pero necesariamente apresurado, escrito en forma de carta a Johann Ernst Immanuel Walch (1725-1778), en el que relataba lo que un buen conocedor de los fondos manuscritos de Hispania —como era Mayans— consideraba hitos claves de los estudios epigráficos; no en vano había sido Bibliotecario en la Biblioteca Real en Madrid desde 1733 hasta 1739 (Peset 1975, 71 y ss.; Mestre 1978, 1981, 53-76, y 1983, 21-31). El original de ese texto se conserva en la Biblioteca de Göttingen (Codex 153, 4º, fol. 79-116), junto a otra serie de manuscritos de Mayans, donde lo vio Hübner después de aparecer la primera edición de *CIL* II en 1869, por lo que solamente en el *supplementum* (*CIL* II supp., LXXXIII) pudo dar noticia de su existencia, denominándolo entonces como *Historia Hispanicarum collectionum veterum inscriptionum*.

Aquellos años centrales del siglo XVIII conocerían una intensa actividad literaria centrada en los estudios de historia de la Epigrafía y en la propia compilación de inscripciones. Los aires ilustrados que se habían propagado por Europa salpicaban todos los centros universitarios, bibliotecas reales y círculos de bibliófilos, en donde la flor y nata del humanismo dieciochesco se afanaba en marcar distancias con centurias anteriores, y lo hacía —o pretendía hacer, pues no siempre se logró— dando a la posteridad una evidencia física de su nueva forma de trabajar y de compilar antigüedades desde la cercanía al monumento, desde la fidelidad al dato, desde la erudición ejemplar que nos ha llegado en las obras de todos estos autores.

En ese puzzle, Mayans había de ocupar un papel principal como máximo referente de su tiempo a nivel internacional en el conocimiento de la bibliografía española. Eso explica que se convirtiera en interlocutor de algunas de las grandes figuras que pasarían a la historia de la Epigrafía por sus compilaciones (Muratori, Burmann o Hultmann) y del propio Walch.

Johann Ernst Immanuel Walch, director de la Sociedad Latina de Jena, fue conocido como autor de diversos trabajos epigráficos de índole menor; se ocupó de las inscripciones hispanas en dos obras de 1750 (sobre Hübner: *CIL*, II, 231*) y 1753, y conocemos además otros trabajos suyos de difusión reducida y de relativo impacto en la literatura científica de la época (Walch 1751a, 1751b, 1757, 1761); su contacto con Mayans (Peset 1975, 135 y ss.) se traduciría en la valiosa información que publicó más tarde (Walch 1761-1764).

Pero la fama del de Oliva como referente bibliográfico lo llevó el mismo año de 1756 a recibir otra carta con la misma petición, esta vez de J. A. Hultmann, que necesitaba datos para preparar una obra que reemplazara a la de Muratori. Mayans acababa de enviar a Jena la epístola de Walch, y no tenía interés en repetir el trabajo, por lo que satisfizo los ruegos de su corresponsal con una recapitulación sobre las inscripciones falsas en España, que se publicaría íntegra (Hultmann 1758). Años antes, L. A. Muratori se había dirigido a él con el mismo ruego para dar forma definitiva a su *Thesaurus* (Muratori 1739-1742) y, en 1757, Mayans recibió una cuarta petición, esta vez de P. Burmann, que se encontraba realizando su trabajo sobre composiciones métricas latinas y que deseaba incluir las nuevas que hubieran podido darse a conocer en España (éstas aparecerían en el segundo volumen de: Burmann 1773).

De todas estas contribuciones nos interesa destacar la carta enviada a Walch en 1756. En aquel manuscrito deslizaba Mayans un comentario que no debe pasar desapercibido: su interés en realizar un catálogo de las inscripciones hispanorromanas al modo que más tarde lo haría Hübner o como lo intentaron otros estudiosos entre los siglos XVIII y XIX:

«Pues entre las muchas cosas que tengo en mente no ocupa el último lugar una Recopilación de las Inscripciones Hispanas, en la cual se diferencien las verdaderas de las falsas y se adscriban, teniendo en cuenta los rasgos cronológicos, a años concretos, a gobiernos de emperadores o a reyes determinados. Después, realizar un Índice general de todos los temas en ellas contenidos... » (Mayans 1756, § 1).

Más aún, Mayans se hacía eco de una carta escrita por el portugués Luis Andrés Resende (1498-1573) el 19 de marzo de 1570 a Ambrosio de Morales en la que aquél le decía:

«Alabo tu interés en reunir afanosamente inscripciones antiguas. Y no considero necesario advertir a un hombre como tú que no confíes fácilmente en la honradez ajena si no estudias la piedra por ti mismo» (Mayans 1756, § 7).

Con estos datos se puede decir sin dificultad que con Gregorio Mayans había nacido en España la epigrafía moderna.

Eso no significa que debemos compartir necesariamente todos los juicios que Mayans hizo de quienes lo precedieron, especialmente en lo referente al inicio de los estudios científicos de la epigrafía hispánica; sin duda alguna mucho tuvo que ver su mejor conocimiento de la bibliografía local de su tierra con que atribuyera el mérito de ser el primer hispano que estudió inscripciones antiguas al valenciano Jaime Roig (1401-1478), médico de la reina María, esposa de Alfonso V de Aragón, mientras que reservaba la condición de primer coleccionista a otro valenciano, Juan Andrés Strany, citado por Luis Vives pero del

que ya en época de Mayans se había perdido todo recuerdo y de quien hoy carecemos de referencias. Tampoco podemos compartir su juicio sobre la atribución a Benito Arias Montano de los máximos laureles de los estudios epigráficos peninsulares, pese a su indiscutible erudición (Arias Montano 1571, 1601, 1605, 1698) y a su magnífico conocimiento de la Biblioteca de El Escorial:

«El sevillano Benito Arias Montano es, sin duda, quien más inscripciones ha leído y reunido y mejor ha entendido y explicado, puesto que él mismo era muy experto escritor de ellas» (Mayans 1756, § 55).

El prolijo relato del de Oliva y la intensa investigación sobre manuscritos epigráficos llevada a cabo en los últimos quince años por Helena Gimeno (Gimeno 1993, 1995, 1997) nos ahorran el insistir aquí sobre la historia bibliográfica de una disciplina a la que después de Mayans aún aguardaban días de gloria.

En los 250 años que nos separan del relato escrito por Gregorio Mayans —exactamente 252—, la epigrafía hispanorromana pasó de ser un conocimiento reservado a círculos eruditos a convertirse en tema frecuente de la bibliografía anticuaria hispánica y luego a disciplina académica, adquiriendo el auge con que hoy la conocemos, y ocupando un puesto reconocido en los estudios de Historia Antigua.

Ese camino de dos siglos y medio no es un itinerario regular con un *crescendo* continuo, sino que tuvo etapas de gran prosperidad y otras de silencio casi absoluto. Desde mediados del siglo XVIII —desde los tiempos de Mayans— la institucionalización de los estudios anticuarios alrededor de la Real Academia de la Historia y de otras academias regionales como la Academia Sevillana de Buenas Letras, creó un marco estable para aquello que ahora sabemos que era lo más importante: reunir en una biblioteca los manuscritos y conseguir su conservación durante siglos al alcance de los estudiosos.

Mayans había disfrutado de ese privilegio en la Biblioteca Real, pero más tarde el protagonismo se trasladaría a la Real Academia de la Historia —creada en 1738—, donde se han venido guardando y conservando los cientos de textos con los que Hübner haría una gran parte del volumen segundo del *Corpus Inscriptionum Latinarum* y que, aún hoy, siguen siendo fuente de sorpresas, por lo que un relato ordenado sobre el ayer de nuestra disciplina debe empezar con una mirada a la tradición epigráfica en esta institución.

La epigrafía hispanorromana en el Archivo de la Real Academia de la Historia

El primer catálogo de manuscritos de la Real Academia de la Historia que vio la luz como tal es el del

arco cronológico 1910-1912, y quedó inédito. Su autor, el Facultativo del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios Antonio Rodríguez Villa, reunió, en varios cientos de páginas, el que se puede considerar hasta la fecha el primer intento de ofrecer una sistematización alfabética de los manuscritos cuya utilidad está fuera de toda duda pues, aún hoy, sigue siendo útil para localizar obras en el archivo. Junto a él, el catálogo manuscrito elaborado por Gómez Centurión constituye la plasmación práctica de más de un siglo y medio de esfuerzos por presentar al usuario esta gigantesca colección documental que día a día va ganando en importancia a medida que conocemos su contenido.

Si tuviéramos que valorar, en el ámbito específico de las inscripciones, qué es lo más importante de este archivo, las páginas de este trabajo se quedarían cortas. A las riquísimas series de RAH-9-3929 a 3942 y 7944 a 7980 ya publicadas (Almagro-Gorbea/Maier 2003; Cebrián 2002), cuyo valor epigráfico ya ha sido reconocido, hay que unir las 4.000 nuevas piezas dadas a conocer recientemente (Abascal/Cebrián 2005). Y, más aún, la catalogación de expedientes hasta ahora mudos, ha puesto al descubierto la existencia de figuras destacadas de la investigación epigráfica y arqueológica que hasta ahora eran desconocidas, como es el caso de los autores que concurrieron a los premios *por descubrimiento de antigüedades* convocados por la Academia desde 1858 y que no vieron finalmente publicados sus trabajos.

Desde el momento de su fundación, en 1738, la recopilación de las inscripciones antiguas de Hispania, como una de las fuentes directas de conocimiento para construir la Historia, fue una tarea prioritaria de la Real Academia de la Historia. El impulso de viajes como los del Marqués de Valdeflores —sobre el que se hablará más adelante— fue solo una de las manifestaciones de ese objetivo que venía expresado en los fines fundacionales. En esa línea se insertaría el encargo a Enrique Flórez (1702-1773) de la redacción de la *España Sagrada*, concebida como una Geografía eclesiástica de España (Vega 1950, 39); o empresas como la *Colección Lithológica*, un proyecto redactado por el sevillano Martín de Ulloa (1719-1787) en 1750 (Mora 1998, 67). El cúmulo de empresas de este tipo abordadas en las últimas décadas del siglo XVIII da idea de la importancia que se concedía a esa recogida de inscripciones que se consideraba fundamental para sentar las bases de una investigación rigurosa y alejada de las supercherías que poblaban los falsos *Cronicones* (Godoy Alcántara 1868; Caro Baroja 1992), «aclarando la importante verdad de los sucesos, desterrando las fábulas introducidas por la ignorancia o por la malicia, conduciendo al conocimiento de muchas cosas, que oscureció la Antigüedad o tiene sepultadas el descuido», como indicaba la Real Cédula por la que se renovaron los estatutos de la Academia en 1792. Otra Real

Cédula, la de 1803, sentaría las bases de la legislación sobre el patrimonio arqueológico y monumental en España (Maier 2003).

La generación del Marqués de Valdeflores (1722-1772) y sus continuadores

Durante más de 250 años, la Real Academia de la Historia ha venido atesorando y custodiando uno de los más fascinantes archivos de manuscritos históricos hoy existentes. Tras las tapas de sus legajos —de muy diversa índole, pero siempre fascinantes y accesibles a los investigadores— se esconde un impresionante universo que sirve de estímulo al conocimiento y que renueva día a día la pasión por la Historia de quienes lo exploran.

En sus algo más de dos siglos y medio de vida, se han ido depositando en sus estanterías papeles y volúmenes de muy diversa procedencia y de temática muy variada. Biografías, relatos históricos, documentos administrativos, cartas y hasta algunos poemas se aprietan en las lejas albergando un conjunto inconmensurable de datos que servirían y sirven para casi todas las disciplinas humanísticas, incluyendo la Epigrafía, a la que tradicionalmente la Academia ha prestado una especial atención.

Este valioso archivo de manuscritos fue concebido, inicialmente, como un recurso para la investigación de quienes constituyeron y potenciaron aquella primera Academia que en un lejano día de 1738 inició su andadura. El objetivo fundacional de establecer «la importante verdad de los sucesos, desterrando las fábulas introducidas por la ignorancia o por la malicia, conduciendo al conocimiento de muchas cosas que oscureció la Antigüedad o tiene sepultadas el descuido» requería disponer de los instrumentos en que aquellas fábulas se desarrollaban y situar junto a ellos la obra de quienes se ocupaban de deshacer aquellos mitos y de sentar las bases de la futura investigación histórica.

Por desgracia, sabemos muy poco de la labor de acopio documental en las primeras décadas de existencia de la Academia y apenas podemos seguir el rastro en las obras escritas en esa etapa. Sin embargo, el volumen de textos experimentó en pocos años un crecimiento exponencial de manera que, a finales del siglo XVIII, se disponía ya de una nutrida colección de manuscritos en la que incluso había dificultades para localizar algunos textos, situación que aparece perfectamente reflejada en las actividades diarias de José Andrés Cornide (1734-1803); sus diferentes viajes por España y Portugal lo llevaron a buscar en la Biblioteca los documentos de siglos anteriores que habían de servir de soporte documental a sus actividades y que le permitirían preparara sus itinerarios. En esa búsqueda, Cornide localizó un gran número de obras que, gracias a esta sistematización, quedaron ubicadas defini-

tivamente. Sin embargo, otros muchos trabajos que se sabía existían por haber ingresado en fechas anteriores, no llegaron a ser localizados. El ejemplo exacto de tal situación es el referente al *Tratado de las Marinas* de Fariñas del Corral, escrito en 1663, y del que la Academia tiene dos copias del siglo XVIII (RAH-9-5996-2 y 9-8073-4). Cornide las buscó sin éxito o, más exactamente, la buscó, pues creía que solo había una y sobre ella dice lo siguiente:

«El *Tratado de las Marinas de la Bética*, aunque se han repasado los Índices y no se encuentra, resolverá a hacer otra vez el mismo examen; puede ser, que aunque esté citado en Carta al Señor Pingarrón por el Sr. D. Miguel de Espinosa, Conde del Águila, esté metido en algún vol. de los muchos que hay de Misceláneas, cuyo trabajo es largo y es menester dejarlo para cuando haya más proporción» (Cornide ms. RAH 9-3918-12a, fol. 14).

A finales del siglo XVIII, el archivo de manuscritos que poseía la Academia, siendo importante, carecía del rico volumen informativo atesorado en centros como la Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial o en Simancas. La Academia se había puesto como tarea la copia parcial de aquellos documentos conservados en otras bibliotecas que pudieran tener un especial interés para el trabajo de sus miembros o para la elaboración de las grandes empresas que se habían proyectado, como el *Diccionario biográfico*, el *Geográfico* (RAH-11-8221) o las colecciones arqueológica y numismática.

Ejemplo de tales iniciativas es el viaje de Martín Fernández de Navarrete (1765-1844) a Sevilla con el objeto de realizar copias de documentos. De este viaje queda huella en el expediente RAH-11-8138-4, que el propio autor rotuló como *Índice de los manuscritos copiados en la Comisión de que he estado encargado en la Ciudad de Sevilla, y se comprenden en 17 tomos colocados en ellos, por orden de descubrimientos a que corresponden, las materias de que tratan, y ordenados cronológicamente*; en la portadilla exterior se indica que el viaje tuvo lugar en 1795.

No siempre las copias de documentos en otros centros eran sistemáticas, pues en ocasiones solo se pretendía disponer en Madrid de algunas piezas singulares o de especial interés; un documento anónimo (RAH-11-8240-19), no fechado pero contemporáneo del viaje de Fernández de Navarrete a Sevilla, lleva por título *Crónica escrita por Don Fray García de Enguí obispo de Bayona, copiada por Don Manuel Abella de un manuscrito en folio que se halla en la biblioteca del Escorial, estante letra X, II, num. 22*. Al final del pliego se lee lo siguiente: «Esta noticia parece bastante para satisfacer los deseos del Sr. Director. Lo que tiene la Academia de esta Crónica de Enguí es solo un catálogo o díptica cronológica de los Reyes de Navarra, remitido con otras noticias curiosas por el Señor Don

Domingo Fernández del Riego y Campomanes, y todo se halla encuadrado en un tomo folio pasta de poco volumen. El Obispo Don García de Enguí parece que fue confesor del Príncipe Don Carlos de Viana».

Evidentemente, uno de los lugares de los que más copias se obtuvieron en aquellos años tempranos fue la Biblioteca de El Escorial, que nutría generosamente el archivo académico aunque no siempre se conoce el destino que se dio a esta información o el interés que podía tener para los trabajos en curso, pues, a veces, los textos copiados guardan muy poca o nula relación con las publicaciones de ese periodo, como ocurre con el documento RAH-11-8240-17 de 1797, referido a documentos de Alfonso el Sabio transcritos de originales escorialenses.

A este respecto merece destacarse el contenido del legajo RAH-11-8220, que contiene documentos copiados entre el 21 de octubre de 1793 y el 15 de febrero de 1794, cuyo título es suficientemente expresivo: *Libro de Juntas extraordinarias celebradas los lunes y miércoles de la semana para el reconocimiento, examen y elección de manuscritos que se conservan en la Biblioteca de la Academia y pueden darse a la prensa*. Es decir, había voluntad de comenzar a publicar aquellos manuscritos cuya importancia así lo aconsejara; no solo se trabajaba en la catalogación y acopio de nuevos textos, sino que la edición impresa constituía también un objetivo.

En el marco de esta empresa de recuperación de textos –y por seguir un necesario orden cronológico respecto a sus autores– hay que referirse en primer lugar a Luis José Velázquez, Marqués de Valdeflores, contemporáneo, pero silenciado en el relato de Mayans pese a que en vida del de Oliva –y antes de la carta a Walch de 1756– había publicado alguna de sus obras fundamentales (Velázquez 1752).

Luis José Velázquez de Velasco, Marqués de Valdeflores, Señor de Sierrablanca y Caballero de la orden de Santiago (Málaga, 1722-1772), estudió Lógica y Jurisprudencia en Granada, estableciéndose en Madrid en 1748, donde en 1752 fue elegido Académico de Número en la Real Academia de la Historia. Considerado como una de las figuras claves del conocimiento anticuario de su tiempo (Sempere 1789a [reed. 1969], 139-153; Escribano 1959; Rodríguez Oliva 1980; Canto 1994; Aguilar Piñal 1995, 361-366; Álvarez Martí-Aguilar 1996), viajó por los archivos de España durante 18 años, con el fin de recopilar materiales para elaborar una *Historia General de España* (Mora 1991, 31) –o más exactamente para «hacer una colección general de todos los antiguos monumentos originales y contemporáneos de la Historia de España y después formar una historia general de la Nación únicamente deducida de ellos» (Álvarez Martí-Aguilar 1996, 20)– y publicó numerosas obras, además de dejar una importantísima colección de manuscritos que fueron enviados tras su muerte a la Academia. Entre sus obras

impresas destaca el *Ensayo sobre los alfabetos de las letras desconocidas* (Velázquez 1752), que fue leído en la Academia en diferentes sesiones entre el 25 de junio de 1751 y mayo de 1752, y que se terminó de imprimir en noviembre de ese último año (Uhagón 1926, 88).

Valdeflores fue comisionado por la Real Academia de la Historia para recoger las antigüedades de España, básicamente de Extremadura y Andalucía, y fruto de tales pesquisas fueron cientos de bocetos de inscripciones y monumentos y un altísimo número de manuscritos, hoy custodiados en la Real Academia de la Historia (Abascal/Cebrián 2005, 465-491).

Las fechas exactas de los viajes fueron siempre motivo de duda entre sus contemporáneos y entre quienes emplearon su documentación en la centuria siguiente. Baste decir que en el archivo de la propia Academia hay algunas notas cruzadas a lo largo del siglo XIX entre diferentes investigadores tratando de esclarecer ese asunto; la conclusión a que llega una de las más fundamentadas (RAH-9-7364-69) es que el viaje de Extremadura comenzó el 10 septiembre de 1753, cuando el propio Valdeflores indica que esa es la fecha en que cruzó la divisoria entre Extremadura y Andalucía al final del primero de los recorridos. Muchas de las observaciones de estos viajes quedaron recogidas en sus *Anales de la nación española...* (Velázquez 1759a); sin embargo, los bocetos, impresiones, anécdotas, etc., siguen esperando la luz pública en sus manuscritos.

Por lo que se refiere a esta serie manuscrita sobre viajes, el autor elaboró y preparó para la imprenta seis volúmenes (*Viaje de España, hecho de orden de S. M. por todas sus Provincias, con las memorias para la geografía antigua y moderna de estos países y observaciones sobre las antigüedades de sus pueblos*) que llevaba consigo cuando retornó a Madrid, según confiesa en una nota sobre sus progresos literarios (RAH-9-4131-49); de alguno de ellos, aún en ruta, envió una copia a la Academia para que se conocieran estos progresos. Todos estos manuscritos, probablemente no cosidos y en forma de pliegos sueltos, fueron empleados por otros investigadores en las dos centurias siguientes y se fueron desmembrando para mezclarse con sus anotaciones sobre monedas, textos de autores clásicos e inscripciones, de forma que hoy es casi imposible reconstruir la estructura original de este gigantesco legado (RAH-9-4095-4159). Especial interés reviste para la epigrafía hispánica el manuscrito RAH-9-7018 (Cebrián/Salamanqués/Sánchez 2005).

El más preciso informe sobre sus viajes es el autógrafo titulado *Memoria presentada por el Sr. Don Luis Velázquez, y leída en Academia de 21 de noviembre de 1760 sobre las obras y colecciones que ha hecho durante sus viajes literarios y de resultas de ellos. Sobre este particular véanse las Actas de 21 y 28 de Noviembre, 5, 12, y 19 de Diciembre de 1760* (RAH-9-4160-1), que precisa con claridad los itinerarios y sus fechas de esta manera:

«1. Viaje de Extremadura: 1 de diciembre de 1752 a 10 de septiembre de 1753. Salida de Madrid, *llevando conmigo un diseñador*. Viaje por “una parte del reino de Castilla la nueva, toda la Provincia de Extremadura de León, y parte del Reino de León hasta Salamanca”, con un informe al rey de lo realizado hasta entonces (RAH-CAG-9-7980-5/42).

2. Viaje de Andalucía: 10 de septiembre de 1753 a 31 de diciembre de 1754. El viaje se realizó por “la mayor parte de los cuatro reinos de Andalucía”. Al término del viaje remitió al rey un nuevo informe.

3. Viajes complementarios sin financiación oficial pero con consentimiento de la Academia: febrero de 1755 a noviembre de 1760. Se trata de “cuatro viajes por la Provincia de Andalucía con el fin de concluir el de sus cuatro Reinos ... la Ciudad de Ceuta en África ... y he hecho otros tres viajes por la Provincia de la Mancha y parte del Reino de Castilla la nueva”.

Unos años después de la muerte de Valdeflores, en 1795, José Andrés Cornide (1734-1803) escribió al director de la Academia sugiriéndole que se pidieran a Carlos Velázquez, hermano del difunto Luis José Velázquez, Marqués de Valdeflores (1722-1772), los papeles de éste relativos a la proyectada *Descripción General de la España antigua*, como los define Cornide (RAH-9-4160-4 y RAH-11-8055-32, Madrid, 24 de julio de 1795). La petición se hizo en el marco de un informe del autor sobre las diferentes comisiones y viajes encargadas por la propia Academia a lo largo del siglo XVIII, bajo la coordinación de Andrés Marcos Burriel, hasta su partida a Roma. Lo cierto es que esta solicitud fue aceptada y una semana después salía hacia Palacio una memoria razonada dirigida al rey en nombre de la Real Academia de la Historia, pidiendo que se ordenara a Francisco Velázquez (no Carlos, como Cornide suponía) que remitiera a la Academia los manuscritos de éste que quedaron en Málaga tras su muerte (RAH-9-4160-5, Madrid, 31 de julio de 1795).

Por el interés que esos manuscritos tienen para la historia de la epigrafía española y, sobre todo, que tendrían luego en *CIL* II y en la bibliografía posterior, merece la pena detallar las peripecias de su adquisición.

La recuperación de los manuscritos inéditos de Valdeflores era un tema que requería una cierta celeridad, habida cuenta de que Cornide proyectaba nuevas expediciones y deseaba conocer el material acumulado y no publicado por Velázquez de Velasco; eso explica que a comienzos de agosto de ese año, Antonio de Capmany se dirigiera al mismísimo Godoy para pedirle que se interesara por el tema (RAH-9-4160-6), a lo que accedió el Duque de Alcudia, como demuestra la contestación recibida en la Academia, en la que se informaba a Capmany de que el rey había autorizado solicitar a Francisco Velázquez de Velasco que entregara a la Academia los manuscritos de su difunto hermano sobre

geografía y antigüedades de España (RAH-9-4160-7. Manuel de Godoy, desde San Ildefonso; 15 de agosto de 1795). El asunto no había hecho más que empezar: a la recepción de la carta, Francisco Velázquez de Velasco escribió al director, Tomás Antonio Sánchez, dándose por enterado de la Real Orden, añadiendo a cambio dos peticiones: de una parte, solicitaba que la Academia lo ayudara a recuperar el título de Marqués de Valdeflores, perdido por no pagar los derechos reales; de otra, aceptaba la entrega de los documentos como provisional, de forma que una vez copiados se le devolvieran (RAH-9-4160-8, Málaga, 9 de septiembre de 1795). Desconocemos cuál fue la respuesta que obtuvo a ambas peticiones, pero lo cierto es que en sendas cartas a Vicente María Ladrón de Guevara (Duque de la Roca) y Tomás Antonio Sánchez, como director el primero y anterior director el segundo, Francisco Velázquez comunicaba el 30 de abril de 1796 el envío a Madrid de cuatro cajones con los documentos de su hermano, extremo que ya había puesto en conocimiento de Godoy (RAH-9-4160-9 y 9-4160-10).

La llegada de los cajones con papeles de Valdeflores a Madrid estaba prevista para los primeros días de mayo de 1796, pero lo cierto es que en la Academia se esperó en vano esa entrega; estaban en Madrid, efectivamente, pero habían sido trasladados a la Corte y no a la Real Academia de la Historia, sin que en ningún documento se explicaran las razones. El remitente, que había cumplido con su parte del acuerdo, reiteró en carta de 7 de septiembre de 1796 su petición para que su hermano Carlos recuperara el título de Marqués de Valdeflores (RAH-9-4160-11), a lo que se le contestó que la Academia podría informar favorablemente esa petición si se le consultaba desde la Corte (RAH-9-4160-12). En octubre, los cajones seguían en la Secretaría de Estado «al cuidado de un portero», pese a las intensas gestiones de Manuel Abella y Antonio Capmany para recuperarlos y trasladarlos a la Academia (RAH-9-4160-13 a 15). Finalmente, el 23 de diciembre de 1796, Godoy accedía a la petición reiterada y comunicaba que los materiales se enviaban a la Academia, pero advirtiéndole que, en todo caso, había que respetar el acuerdo a que se había llegado con la familia Velázquez de Velasco un año antes (RAH-9-4160-16). Así fue como la Academia recibió uno de los más importantes legados documentales sobre las antigüedades de España.

Mayor que el Marqués de Valdeflores, pero fácilmente «encardinable» en la misma generación, fue Tomás Andrés de Gusseme (1712-1774). Asistente y Justicia Mayor de la Villa de Marchena, miembro de la Real Academia de la Historia y de la de Buenas Letras de Sevilla (véase, al respecto: Sempere 1789b, 97-98; y Remesal 1998). Escribió un buen número de obras, algunas de ellas publicadas en las *Memorias de la Academia de Sevilla* (Gusseme 1773b; Remesal 1981),

tocantes al poblamiento antiguo de diversas zonas de la Bética. Fue autor de un completo *Diccionario Numismático* en varios volúmenes (Gusseme 1773a). La presencia de los autógrafos de Gusseme en la Academia se explica con la noticia de Clemencín, quien afirma que «adquirió la Academia los manuscritos que contienen varias obras inéditas de su antiguo Individuo don Tomás Andrés de Gúseme, autor del Diccionario numismático de la España antigua, relativas a nuestra historia» (Clemencín 1832, 12).

Esa relación de obras adquiridas es muy numerosa a juzgar por lo que hoy existe en el archivo de la Academia, incluyendo el tratado de *Munigua* y sus inscripciones (RAH-9-5977-4), el de Arva (RAH-9-5977-2) y el de Setefilla (RAH-9-5977-3), el autógrafo de la *Desconfianzas críticas* sobre las inscripciones granadinas (RAH-9-4027-1; 9-4028-3; 9-4029-1) y algunas notas epigráficas (RAH-9-4106-2/2; 9-5977-5; 9-4775-2; etc., sobre ellas: Abascal/Cebrián 2005, 280-281).

Entre las figuras clave de esta etapa se encuentra el valenciano Francisco Pérez Bayer (1714-1794). Fue catedrático de Hebreo en Valencia y Salamanca y director de la Biblioteca Real y tomó parte en numerosas actividades científicas bajo los reinados de Fernando VI, Carlos III y Carlos IV. A él debemos el catálogo de los manuscritos castellanos, latinos y griegos de la biblioteca de El Escorial con el auxilio de Juan Antonio Fernández. Su segunda gran empresa fue el viaje a Andalucía y Portugal, cuyo relato quedó inédito tras su muerte (Pérez Bayer 1772 y 1998). Intervino también en la demostración de la falsedad de los plomos granadinos y viajó por Italia recogiendo noticias de manuscritos y de antigüedades (Sempere 1785, 189-202; Juan 1918; Mateu y Llopis 1953; Hernández 1983; Pastor 1991; Gimeno 2003, 193-196). Sus viajes por la costa mediterránea hacia Andalucía fueron fuente importante de autopsias epigráficas (Mas/Abascal 1998).

La Academia conserva copia de parte del manuscrito del viaje a Andalucía y Portugal (Pérez Bayer 1772; RAH-9-5974 y 9-5498; Abascal/Cebrián 2005, 381-383), así como el interesante texto titulado *Varias inscripciones romanas halladas en diferentes pueblos del Reino de Valencia y del Principado de Cataluña* (RAH-9-5676-2), que parece una copia de los datos enviados por Pérez Bayer a Alejandro Panel en la carta de 1745, recogida en la *sylloge* conservada en la Biblioteca Nacional de Madrid (véase Stylow, en: *CIL* II²/7, XXXI), de donde debió de obtenerse esta copia de la Academia. Asimismo, se conservan su refutación de las inscripciones falsas de Granada (RAH-9-6121) y algunas obras menores.

Algo más joven fue el extremeño Ignacio Hermosilla de Sandoval y Rojas (1720?-1794). Miembro de la Real Academia de la Historia, en la que fue censor en

1754 y su secretario desde 1763; perteneció también a la Real Academia de Bellas Artes, en la que fue secretario general (1753-1776). Su popularidad científica se debe a los meticulosos estudios sobre las ruinas e inscripciones de Talavera la Vieja (*Augustobriga*. RAH-9-5994-4 y 5; RAH-CC-9-3931-1/2-13) y del enclave de *Vascos* (RAH-9-5999-5 y 9-5996-13), cuyos estudios llegaron a la Academia en vida del autor (Abascal/Cebrián 2005, 284).

El interés por las antigüedades de la Bética y la fuerza de los círculos intelectuales sevillanos explica la proliferación de autores con vocación epigráfica en las diferentes capitales andaluzas. Sus textos, sometidos en décadas posteriores a un intenso proceso de sucesivas copias, han llegado a nosotros de la pluma de escribanos anónimos a veces muy posteriores.

Esa nómina bética debe empezar por el II Conde del Águila, Miguel de Espinosa y Maldonado Tello de Guzmán (1715-1787), bibliófilo y anticuario sevillano que consiguió reunir una gran biblioteca que contenía no solo copias, sino algunos autógrafos de las principales figuras de la anticuaría andaluza (Abascal/Cebrián 2005, 199-200). Conocedor de los círculos eruditos de su época, por sus manos pasaron muchos ejemplares que fueron copiados o extractados, y que después se difundieron a través de López de Cárdenas, Jurado y Trigueros; gran parte de su legado está integrado hoy en el Archivo Municipal de Sevilla.

Como veremos más adelante, fue él quien hizo llegar en 1755 a Enrique Flórez la obra de José del Hierro, según sabemos por el documento RAH-9-7567-I-41, y sin duda alguna se le puede considerar el mejor conocedor de las obras de Juan Fernández Franco (1520/25-1601), básicas para entender el desarrollo de la anticuaría andaluza a finales del siglo XVIII: sus cartas a Fernando José López de Cárdenas (RAH-9-7382-3 y 9-7382-6), de 1775-1777, demuestran que fue él quien propagó entre los círculos sevillanos la obra del epigrafista de Pozoblanco.

Fernando José López de Cárdenas (1719-1786), contemporáneo de Valdeflores pero algo más longevo, fue citado por algunos de sus contemporáneos como *el cura de Montoro* en razón de haber desempeñado en esta ciudad su ministerio, aunque era natural de Priego de Córdoba (López del Toro 1961-1962, 469-511; Campos 2002; Salas 2004, 51-54). Fue editor de los textos de Juan Fernández Franco (RAH-9-7382-6m), miembro de la Academia Sevillana de Buenas Letras y Correspondiente de la Real Academia de la Historia, al tiempo que mantuvo correspondencia con muchas de las figuras de la anticuaría de su tiempo y fue amigo personal de Enrique Flórez.

A López de Cárdenas debemos el riquísimo manuscrito epigráfico titulado *Noticias pertenecientes a la topografía de muchos lugares antiguos de la Bética, con muchas inscripciones inéditas* (RAH-9-7379-20), que

contiene algunas anotaciones marginales posteriores firmadas y autógrafas de Aureliano Fernández-Guerra, quien usó de él para proporcionar algunos datos a Hübner. El texto de este manuscrito original –pues no se trata de una copia– fue redactado hacia 1772 y, según Hübner (*CIL*, II, 302), fue propiedad del citado Fernández-Guerra (véase Stylow, en: *CIL*, II²/7, XX-VII; y Abascal/Cebrián 2005, 320-327).

Es el caso de Francisco de Bruna y Ahumada (1719-1802), decano de la Real Audiencia de Sevilla y alcalde de los Reales Alcázares, cuya pasión epigráfica lo llevó a redactar su propio epitafio (RAH-9-2009-80). Los manuscritos y copias de Bruna conservados en la Academia (Abascal/Cebrián 2005, 108-110) se datan entre *c.* 1773 y 1796 y casi todos forman parte del legajo RAH-9-2009. Entre ellos se encuentran cartas a Diego Antonio Rejón de Silva (1740-1796), José Vargas Ponce (1760-1821), Manuel Godoy (1767-1851) y a Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811), a quien Bruna se refiere como *Gasparito*, mientras él mismo se autocita como *El tío Curro* (9-2009-55, 59, 61, etc.), siguiendo una práctica extendida en el círculo de Jovellanos. Sus manuscritos contienen referencias a inscripción de las provincias de Cádiz y Sevilla, incluyendo el magnífico dibujo del trapezóforo de Cabezas de San Juan (RAH-9-4128-14/4, sobre *CIL*, II, 1302).

El tercer autor nacido en 1719 es el jesuita y bibliófilo conquense Andrés Marcos Burriel (1719-1762), cuya actividad constituyó una referencia para contemporáneos como Gregorio Mayans o Francisco Pérez Bayer (Sempere 1785, 233-245), llegando a participar con este último entre 1750 y 1755 en el reconocimiento y catalogación del archivo de la catedral de Toledo. A su muerte, el rey dio a la Real Academia de la Historia (Abascal/Cebrián 2005, 111) muchos de los documentos que se encontraban en su celda (RAH-9-5921-3), gracias a lo cual se conservan diversas papeletas epigráficas (RAH-9-4125-1 y 2), así como comentarios a obras ajenas (RAH-9-5961-1).

Las coincidencias históricas hacen que también en 1719 naciera un cuarto personaje con vocación epigráfica, el cordobés Bartolomé Sánchez de Feria y Morales (1719-1800), matemático y médico de Castro del Río (Córdoba). Redactó y envió para juicio de la Real Academia de la Historia (Abascal/Cebrián 2005, 430-432) una *Disertación Histórica y Geográfica de la Noble Villa de Castro el Río* con todo su aparato epigráfico (RAH-9-5951-7); fue autor también de unas *Antigüedades de Castro el Río*, de las que conserva una copia la Academia (RAH-9-7567-I-37) y, otra, la Biblioteca Nacional (Gimeno 1993, 297, n.º 40).

En esos mismos años hay que situar a Antonio Mateos Murillo (1721-1791), que fue censor, bibliotecario y tesorero de la Real Academia de la Historia. Además de la censura (RAH-9-4027-5) a las *Desconfianzas críticas* de Tomás Andrés de Gusseme (1712-1774), la

Real Academia de la Historia conserva su crítica a la obra de López de Cárdenas (RAH-11-8055-31), de altísimo interés por sus comentarios epigráficos (Abascal/Cebrián 2005, 346-347). También perteneció al círculo sevillano José Ceballos Ruiz de Vargas (1724-1776), miembro de la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla y académico honorario (1753) y supernumerario (1772) de la Real Academia de la Historia. El más importante de sus documentos en la Academia es la *Relación del Dr. Don Josef Cevallos de la Villa de Alcalá de Guadaíra*, una recopilación epigráfica fechada en mayo de 1763 que tiene el interés de contener autopsias personales realizadas por el autor (Abascal/Cebrián 2005, 131-132).

También contemporáneo y también interesado en los estudios de inscripciones fue el canónigo malagueño Cristóbal Medina Conde (1726-1793), aunque su contribución a la disciplina fue menos relevante (RAH-9-4027-4 y 9-4151-6) y Sempere Guarinos (1785, 200) lo considera uno de los principales responsables de la propagación de los falsos plomos granadinos, para lo que en 1765 estuvo en Toledo, tratando de convencer de su autenticidad a Francisco Pérez Bayer (Abascal/Cebrián 2005, 350).

En la nómina de los autores fallecidos antes de 1808 hay que incluir al cántabro José Martínez Mazas (1731-1805), inicialmente vinculado a Santander pero que se trasladó más tarde a Jaén, donde fue penitenciario del Cabildo de la Catedral de esta ciudad y fundador de su Real Sociedad Económica de Amigos del País (Rodríguez Molina, en: Martínez Mazas 1794/1978; VV. AA. 1996; Abascal/Cebrián 2005, 343). A Martínez Mazas debemos la *Descripción del sitio y ruinas de Castulo y noticias de esta antigua ciudad en el Reino de Jaén*, un valioso documento para la epigrafía castulonense del que conserva una copia la Academia (RAH-9-5959-11). Clemencín lamentaba (Clemencín 1832) que esta obra siguiera inédita, aunque se editó finalmente entre 1914 y 1915 en diferentes entregas en la revista *Don Lope de Sosa*.

Pese a su discutible papel en pro de la Epigrafía, a la que muchas veces más confundió que ayudó con sus fabulaciones, hay que incluir en este relato al cervantista y anticuario Cándido María Trigueros (1736-1798), que transcribió numerosos documentos en los Reales Estudios de San Isidro y en diferentes bibliotecas sevillanas y madrileñas (Hübner 1862; Aguilar Piñal 1979, 1987 y 2001; Remesal 2003; Mora 1988 y 1998, 63-65). La Academia conserva muchos de sus manuscritos y transcripciones (Abascal/Cebrián 2005, 450-453).

A esa generación pertenece también el cordobés Manuel José de Ayora y Pinedo (Abascal/Cebrián 2005, 90-91), que mantuvo correspondencia con Fernando José López de Cárdenas y con Manuel Trabuco y Belluga sobre las inscripciones de Dos Torres –*olim*

Torremilano– y Adamuz (Córdoba). Esa correspondencia está fechada entre 1760 (RAH-9-6049-2) y 1779 (RAH-9-8073-9g).

Menos datos tenemos de los apasionantes manuscritos del jesuita José del Hierro, a quien conocemos por una referencia tangencial de Céan Bermúdez, que en la introducción al *Sumario de las Antigüedades* (Céan Bermúdez 1832, XXVII), le cita entre los autores que a lo largo del siglo XVIII se ocuparon de estudiar la historia romana; es lástima que siga ilocalizable la *Noticia de la vida y escritos del P. José del Hierro* que Luis María Ramírez y De las Casas Deza regaló a la Academia en 1870 (Sabau 1870, 5). En todo caso, ha llegado hasta nosotros su utilísima *Antigüedades de Ulia* –escrita en 1749–, cuyo original conserva la Biblioteca Nacional y del que hay una copia (RAH-9-7567-I-40a) y algunos extractos (RAH-9-5996-7b, 9-6118-7, 9-8073-10) en la Real Academia de la Historia, en su mayor parte realizados para uso del P. Enrique Flórez en la redacción de la *España Sagrada*, quien recibió datos sobre la obra de José del Hierro en una carta de Miguel de Espinosa y Maldonado Tello de Guzmán (II Conde del Águila) (RAH-9-7567-41). José del Hierro mantuvo correspondencia con casi todos los eruditos de su tiempo, incluyendo al propio Marqués de Valdeflores (RAH-9-5772-5) y nos dejó además un valioso manuscrito titulado *Cuaderno de inscripciones antiguas de la Bética* (RAH-9-5772-4) de valor incalculable para la historiografía posterior (Abascal/Cebrián 2005, 293-295).

Casi contemporáneo de Mayans y Valdeflores fue el portugués Antonio José de Acunha, a quien debemos una *Litología lusitana: inscripciones, monumentos etc. principalmente anteriores a la conquista de los árabes* (RAH-9-5587), fechada en marzo de 1759, de la que la Academia conserva un ejemplar manuscrito (Abascal/Cebrián 2005, 55). La lectura de una de sus inscripciones en la Academia en la sesión del 23 de marzo de 1759 provocó un duro enfrentamiento entre Vicente García de la Huerta y Felipe García Samaniego (Uhagón 1926, 102). Acunha, de quien no conocemos más que una parte de su producción, fue también autor de una *Disertación sobre si la Colonia de Pax Iulia fue Badajoz o Beja* (RAH-9-5996-10a) y mantuvo correspondencia con el asturiano Pedro Rodríguez de Campomanes (1723-1802) en 1755, antes de que éste dirigiera la Real Academia de la Historia (1764-1791 y 1798-1801).

Y la misma parquedad de datos hay que extenderla al cartagenero Nicolás Montanaro, a quien debemos unas *Observaciones sobre las antigüedades de Cartagena* (RAH-9-4175-27), editadas en 1977 por J. M^a. Rubio Paredes. El manuscrito de Montanaro (Abascal/Cebrián 2005, 354), del que es copia el ejemplar conservado en la Academia, contiene referencias de casi 50 inscripciones de la localidad y sigue siendo imprescindible para su estudio (Abascal/Ramallo 1997).

Los intereses literarios de esta generación de ilustrados contemporánea de Gregorio Mayans y del Marqués de Valdeflores fueron muy diversos, aunque independientemente de su quehacer histórico casi todos ellos dedicaron parte de su tiempo a recopilar inscripciones, siguiendo esa pauta de la que se había hecho eco Mayans de ver personalmente los epígrafes y huir de la mera y confusa transmisión textual de centurias anteriores.

Por eso no debe extrañar la presencia en el oficio de escritores cuya actividad profesional estaba muy alejada de la Epigrafía. Es el caso del médico ilderdense José Alsinet, que ha pasado a la posteridad como autor de una popular obra sobre el uso de la quina (Alsinet 1774); fue «médico de familia» en Aranjuez, según testimonio de Cristóbal Medina Conde, que lo conoció allí y se preciaba de su antigua amistad (RAH-9-4151-6), y en 1753 residía en Mérida, en donde acompañó al Marqués de Valdeflores en sus recorridos por la ciudad (RAH-9-4118-7). Alsinet fue autor de un *Viaje desde Mérida, a Llerena, y desde esta ciudad hasta Burguillos, y Mérida, con las distancias, y cosas deparables que hallé en el camino* (RAH-9-4131-11), en donde trata en primera persona de las inscripciones del sur de la provincia de Badajoz; el manuscrito debió de escribirlo entre 1755 y 1760, aunque no podemos fecharlo con precisión (Abascal/Cebrián 2005, 58-59).

Fue algo más joven –46 años más que Gregorio Mayans (1699-1781), por situarlo con exactitud en el tiempo– y se encuentra situado a caballo entre dos siglos el canónigo asturiano afincado en Tarragona, Carlos Benito González de Posada (1745-1831), quien envió regularmente a la Real Academia de la Historia un caudal de noticias de Cataluña y Baleares (Ruiz 1914; Demerson 1984; Almagro-Gorbea 2003, 440; Abascal/Cebrián 2005, 272-273) al menos entre 1797 y 1826. Una gran cantidad de esos datos se referían a inscripciones de Tarragona (RAH-T-9-3930-2 y ss.), pero también ejerció como corresponsal de los hallazgos en otras localidades de Cataluña. En realidad, ejerció el papel que más tarde asumiría Buenaventura Hernández Sanahuja (1810-1891). Contemporáneo suyo es el beneditino Juan Sobreyra y Salgado (1746-1805), del que la Academia conserva 15 volúmenes de documentos (Abascal/Cebrián 2005, 440-441) en los que las inscripciones tienen un gran protagonismo; hay que resaltar el cuaderno titulado *Inscripciones desde el año 537 hasta 1633. 104 Inscripciones* (RAH-9-4041-2), que ofreció a Cornide en una carta de 1798 (RAH-9-3921-20), por lo que debe de ser anterior a esa fecha. En la misma horquilla temporal hay que situar al escolapio aragonés Joaquín Traggia de Santo Domingo (1748-1802), miembro de la Real Academia de la Historia (Abascal/Cebrián 2005, 448-450) y su bibliotecario desde 1798 hasta su muerte, a quien la Epigrafía debe contribuciones tan valiosas como las

Excerpta ex sylloge inscriptionum Romanorum in Catalonia a D. Joseph de Finestres et Monsalvo de Cervariae Lacetanorum an. 1762 (RAH-9-5219-2).

En el mismo año que Traggia nació en Alicante Antonio Valcárcel Pío de Saboya y Moura, conde de Lumières (1748-1808); su figura es un referente inexcusable en los trabajos sobre la epigrafía hispanorromana (Rubio Paredes 1983), que ha sido objeto de atención en diferentes momentos (Sempere 1789e, 114-127; Fita 1902, 357-359; Morel-Fatio 1896; Mestre 1980, 121-134; Mora 1998, 91-92; y Abascal 2002). Tras una etapa volcado en los estudios numismáticos que culmina en 1773 (Valcárcel 1773), compaginó las excavaciones con la recogida de inscripciones latinas en sucesivos viajes. Sus publicaciones siguientes aluden a excavaciones y hallazgos arqueológicos, salpicados ya con la edición de textos epigráficos como los de *Lucentum* (Valcárcel 1779 y 1780), y, solo desde 1781, su interés parece volcado en la Epigrafía, hasta su muerte en 1808 (Valcárcel 1781, 1796 y 1852/1979). Muchos de los manuscritos inéditos que aún conserva la Academia (Abascal/Cebrián 2005, 457-458) verán la luz próximamente en una edición que preparamos.

Una de las anécdotas más repetidas sobre el conde de Lumières es la referida al origen de su afición por la Epigrafía y la Numismática. Es un lugar común la cita de su coincidencia en la cárcel del castillo de Santa Bárbara de Alicante con Luis José de Velázquez, marqués de Valdeflores, que le habría contagiado su interés por las antigüedades (Sempere 1789e, 114-127; Goberna 1985, 12). La noticia la recoge Manuel Rico García (1780) y de ella se ha hecho eco recientemente Mestre (Mestre 1980, 124), que sitúa esta coincidencia de ambos en Alicante antes de que el conde de Lumières cumpliera los veinte años.

De las fechas centrales o finales del siglo XVIII debe de ser un clásico de la literatura epigráfica que Hübner bautizó como *Anonymus Cluniensis* y que lleva por título *Inscripciones de Alcubilla, Coruña y Peñalva de Castro* (RAH-C-9-3931-5/2); más de un siglo y medio después seguimos sin conocer su autoría, aunque ya Hübner supuso que era obra de un autor local (Abascal/Cebrián 2005, 86).

A esta etapa corresponde otro famoso anónimo, el *Obulconensis* (Abascal/Cebrián 2005, 86), que lleva por título *Noticias de la villa de Porcuna, escritas por un vecino, y remitidas al Doctor Siruela por Don Nicolás Antonio* (RAH-9-6118-12); se trata de una copia posterior a 1740 formada para uso de Enrique Flórez, cuyo original figura como apéndice al catálogo del Museo cordobés de Pedro Leonardo de Villacevallos (Gimeno/Stylow 2003, 149-218) que posee la Biblioteca Nacional y del que hay una copia en la Academia (RAH-9-5770-2).

En las décadas finales del siglo XVIII, el ingreso de manuscritos epigráficos en la Real Academia de la His-

toria se multiplicaba de forma importante día a día. Lástima es que de todos esos ingresos no tengamos constancia documental y no podamos siquiera establecer su origen. Es el caso de las colecciones epigráficas de Ascensio de Morales (Abascal/Cebrián 2005, 360-361) sobre Badajoz (RAH-9-5676-1: *Lápidas o inscripciones romanas halladas en Badajoz, y lugares de su obispado*), Alicante-Elche (RAH-9-5676-3), Cartagena (RAH-9-5676-4) o Plasencia (RAH-9-5676-5).

Juan Antonio Fernández (1752-1814) y José Andrés Cornide (1734-1803)

El final del siglo XVIII es clave desde el punto de vista de la creación de manuscritos epigráficos, que en su mayor parte llegaron a la Real Academia de la Historia, y parte de la responsabilidad de esa trascendencia descansa en el navarro Juan Antonio Fernández (Tudela 1752-1814), archivero de la Orden de Santiago, que alcanzaría la popularidad en su tiempo por sus excavaciones y éxitos en *Segobriga* (Abascal/Cebrián 2005, 204-209).

Juan Antonio Fernández fue trasladado en 1789 desde Tudela al monasterio de Uclés con el encargo de ordenar su documentación; allí conoció al prior Antonio Tavira –que tras este priorato de Uclés ocuparía, sucesivamente, los obispados de Canarias y Salamanca–, con quien en 1789-1790 protagonizó las primeras excavaciones continuadas en *Segobriga*, y cuyos resultados le permitieron entrar por derecho propio en los círculos eruditos de la época. Por su trabajo en Uclés fue nombrado el 14 de mayo de 1793 *Archivero general de la Orden de Santiago*; más tarde fue destinado a Zaragoza con el fin de ordenar el archivo de la Orden de San Juan en aquella ciudad, lugar en que residía ya en 1793 y donde estuvo probablemente hasta 1808, antes de regresar a su Tudela natal (Clemencín 1832, 14).

El 17 de octubre de 1789 abandonó el monasterio de Uclés una comisión presidida por su prior, Antonio Tavira, de la que formaban parte otros clérigos del monasterio y Juan Antonio Fernández. Su destino eran las ruinas de Cabeza del Griego, en término de Saelices, donde hacía más de veinte años se habían producido algunos descubrimientos casuales y donde los manuscritos conservados en el monasterio señalaban la presencia de los restos de una ciudad romana. Allí se encontraron con Vicente Martínez Falero, que mostró a los visitantes los restos de la lápida sepulcral del obispo Sefronio, recuperada a los pies del cerro de Cabeza del Griego. A todas luces, aquella era la evidencia del enterramiento de un obispo visigodo y abría las puertas a nuevos hallazgos de innegable interés para la historia eclesiástica de Hispania.

Antonio Tavira dispuso que había que realizar, cuanto antes, una excavación en aquel lugar y ofreció financiar la mitad del coste de tales trabajos, que se ini-

ciaron de forma inmediata y se prolongarían durante varios meses. Había comenzado a excavar la basílica hispano-visigoda de *Segobriga*, que tanto eco tendría en la literatura científica de los siguientes dos siglos.

Estamos muy bien informados de lo que ocurrió entre ese 17 de octubre y los primeros días de enero del año siguiente. Fernández quedó en Saelices a cargo de la excavación por cuenta de Tavira, y se hizo cargo de registrar minuciosamente los descubrimientos hasta conseguir redactar un auténtico diario de las excavaciones en el que figuran día a día todas las novedades que se iban produciendo. Durante semanas, Fernández fue recuperando fragmentos de inscripciones, objetos de época romana reaprovechados en la construcción del edificio basilical y llegó incluso a abrir la cripta del recinto, en donde lo esperaba la más grandes de las sorpresas.

Fue un 14 de diciembre de 1789: Tavira había acudido a ver la excavación acompañado del párroco de Saelices, de su alcalde y de algunos clérigos, ansiosos por contemplar los crecientes avances de los trabajos. Su visita coincidió con los trabajos en la cripta de la basílica, donde los trabajadores acababan de descubrir lo que parecían unos sarcófagos aún intactos. Tras la oportuna limpieza, pudo verse que los fragmentos de las lápidas que los cubrían contenían parte de unas largas inscripciones que mencionaban a algunos obispos; al retirar estos fragmentos, y para sorpresa de todos los presentes, se descubrieron los cadáveres de quienes, según todos los indicios, habían sido los obispos Sefronio y Nigrino, titulares del obispado segobrigense en época visigoda.

La emoción del descubrimiento hizo que se recogieran los huesos y se depositaran en una arca de madera en la iglesia de Saelices; el médico de la localidad extendió una certificación describiendo con detalle los restos exhumados. Fernández redactó aquella misma tarde, en su celda de Uclés, una acta notarial que firmarían todos los testigos en que se relataba la sucesión de los acontecimientos (RAH-11-8167-74; 11-8167-75; 11-8109-4a); días más tarde, el conde de Florida Blanca había sido informado ya por el propio Tavira para que lo pusiera en conocimiento del rey y, en poco más de un mes desde el hallazgo, ya se discutía sobre la santidad de los obispos allí enterrados.

En la memoria final de los trabajos, redactada en 1790 (RAH-11-8109-4b), Fernández iniciaba su discurso con un párrafo que más parece tomado de un relato terrorífico de Lovecraft o de Henry James: «Las raras, y extrañas circunstancias que precedieron, y han ocurrido en el progreso de la excavación de que se da noticia en este breve discurso, apenas parece que las podía preparar la casualidad...»; las «circunstancias» a que aludía Fernández fueron, en primer lugar, las que dieron lugar a las excavaciones: el nombramiento como prior de Uclés de Antonio Tavira, su interés por orde-

nar el archivo, la llamada al propio Fernández para que se hiciera cargo del trabajo, la casualidad de encontrar las noticias sobre las ruinas de *Segobriga* nada más iniciarlo y la facilidad con descubrieron los sepulcros de los obispos segobrigenses. No es extraño que el autor atribuyera tal cúmulo de circunstancias a que «la Providencia sin duda las dispuso acordadamente para sacar del olvido a dos santos obispos». Todo esto ocurrió entre el 8 de agosto, día de llegar de Fernández a Uclés, y el 21 de octubre de 1789, fecha del descubrimiento de la cripta en la basílica visigoda.

Los diarios y las notas conservadas prueban, sin lugar a dudas, que fue Juan Antonio Fernández el autor físico de las excavaciones de 1789 y 1790; sin embargo, el tiempo y las envidias personales lo relegaron al olvido. Tras la euforia inicial de los descubrimientos, a comienzos de 1790 surgieron los primeros problemas: viendo que las ruinas excavadas se debían conservar, acordó construir alrededor de ellas una cerca de piedra hoy perdida, en la que se colocaron sendas inscripciones en latín y en castellano para conmemorar el descubrimiento (RAH-9-5597-4). Tanto en la primera, redactada por Antonio Tavira, como en la segunda, obra de Juan Francisco Martínez Falero, nunca figuró el nombre de Juan Antonio Fernández pero sí el del resto de quienes intervinieron, aunque fuera como meros visitantes, en la excavación.

Tras este desaire inicial, muy pronto surgieron las primeras disputas sobre la interpretación de los restos; y no solo por su cronología, aspecto en el que nunca se llegaron a acercar las posturas, sino por la naturaleza de los difuntos allí enterrados —obispos para unos, obispos y santos para otros— con todo lo que ello implicaba.

El debate llegó a agriarse de tal modo que pronto aparecieron las primeras descalificaciones mutuas en los escritos que circularon por Madrid y Cuenca. A la vista de la situación, Juan Antonio Fernández, la única persona que podía dar fe de lo descubierto, optó finalmente por recurrir al obispo de Cuenca (RAH-9-5597-2), al que escribió el 4 de febrero de 1791 en estos términos: «El haber intervenido yo en la excavación hecha en el territorio llamado Cabeza del Griego [...] puede ser motivo para que me supongan autor de algunos yerros que no he cometido, y que los inteligentes notarán en ciertos papeles que se van esparciendo y andan ya en manos de muchos, donde hay verdaderas noticias y especies más de que se han aprovechado, callando mi nombre; pero ésta que parece ingratitud, me es por otra parte favorable, por cuanto no me atribuyen los defectos que voy a anotar y son dignos de corrección...»

No le faltaba razón. Hacía falta poner en orden toda la documentación y ceñirse a un relato fiel de los descubrimientos. Terminada su labor en ese Uclés que tantos sinsabores le había proporcionado, partió Fer-

nández con sus notas y bocetos hacia su nuevo destino en Zaragoza a mediados de mayo de 1793, fecha en la que comienza su correspondencia desde aquella ciudad; desde allí aún escribió a José Andrés Cornide (1734-1803) para decirle que se estaban preparando las planchas para publicar sus dibujos (RAH-9-3921-78); el retraso en esta labor y una guerra de la Independencia de por medio lo llevaron a la tumba en 1814 sin ver cumplido su sueño.

A comienzos de abril de 1794, el ruido creado en los círculos eruditos de Madrid por los constantes descubrimientos en Cabeza del Griego era enorme. De una parte, llegaban las noticias sobre nuevos hallazgos y los informes de sus excavadores; de otra, crecía la polémica entre quienes pensaban que éstas eran las ruinas de *Segobriga* y quienes suponían lo contrario.

Tal polémica había dejado de ser una discusión de tertulia y había llegado a los libros, en los que las plumas se afilaban con dureza y habían dado lugar a algunas rivalidades personales. Por si eso fuera poco, entre quienes habían iniciado las excavaciones en 1789 tampoco había ya concordia: Juan Antonio Fernández apelaba al obispo de Cuenca para defender sus puntos de vista y buscar el reconocimiento de su labor; Cossío, el párroco de Saelices, había elaborado sus propias conclusiones de los trabajos; Capistrano, también párroco de Fuente de Pedro Naharro, había enviado a imprenta su propia versión de los hechos, y Antonio Tavira, el prior de Uclés, estaba ya muy lejos de Cuenca.

Lo que había sido un gran descubrimiento se había convertido en fuente de polémica y rivalidades. Había que buscar una solución y ésta llegó de mano de la Real Academia de la Historia, que el 25 de abril de 1794 decidió enviar a Saelices a José Cornide de Folgueira, académico con una larga experiencia en viajes que continuaría toda su vida y que tenía los conocimientos suficientes para poner orden en las disputas y elaborar un informe completo de lo que estaba pasando.

Su relato es una pieza deliciosa de la literatura de viajes que tanto éxito tuvo en el siglo XVIII, y sus impresiones y su minucioso diario nos permiten seguirle en sus andanzas durante los meses de junio y julio de aquel año (Cornide 1799).

Desde Madrid, y por caminos no siempre frecuentados, Cornide llegó el día 27 de junio de 1794 por la noche al Molino de So la Cabeza, el mismo molino que hoy sigue al pie de *Segobriga* y que ha cumplido ya cinco siglos. Antes de convertirse en un lugar deshabitado fue el lugar preferido por los viajeros de la época para pernoctar en los recorridos por la comarca. Cornide fue uno de ellos, como antes lo habían sido Ambrosio de Morales o Capistrano de Moya.

En esta ocasión, el viajero no iba solo; con él había llegado a *Segobriga* Melchor de Prado y Mariño, uno de los mejores dibujantes de la época, con el encargo

de trasladar al papel cuantos descubrimientos estuvieran a la vista y las imágenes generales del paisaje. El plan de viaje era sencillo: Cornide recorrería las ruinas y la comarca, mientras Melchor de Prado se quedaba en el molino para dibujar durante varias semanas con total tranquilidad.

Tras reconocer los alrededores de *Segobriga*, Cornide emprendió el estudio de la comarca. En su diario de viaje se encuentra la siguiente anotación: «salí de la Cabeza el día siete (de julio) a las cuatro de la mañana sólo acompañado de un práctico de país y me dirigí entre norte y oriente a la ciudad de Huete». Había empezado un largo viaje que lo llevaría a la Alcarria conquense y a las riberas del Guadiela, en el norte de Cuenca, en busca de antigüedades. Huete, Gascuña, Cañaveras, Priego, Cañizares, Alcohuete, Vellisca, Rozalén y tantas otras localidades vieron aquellos días pasar a un curioso, acompañado de su guía, que no dejaba rincón por escudriñar o ruinas por describir, incluyendo las de *Ercauica*. Decirle a Cornide que inspeccionara una región era darle azúcar a un goloso; la prueba es que años más tarde el rey Carlos IV le encargó que viajara por Portugal y tardó tres años en volver cuando casi se lo daba por desaparecido (Abascal/Cebrián 2005, 140-184).

En esta ocasión la tarea era asequible y el día 10 por la noche, Cornide y su acompañante estaban de regreso en Saelices. Melchor de Prado permaneció en el Molino de So la Cabeza junto a *Segobriga* todo el tiempo que duró la expedición, registrando en sus bocetos, aún hoy conservados, lo que de interesante había en aquel cerro de Cabeza del Griego que tanta polémica había levantado. De regreso a Madrid, Cornide publicaría un largo informe de su viaje que se ha convertido en un trabajo clásico sobre *Segobriga*, y Melchor de Prado dio a grabar sus bocetos para convertirlos en las magníficas ilustraciones que Cornide publicó. Muy lejos de *Segobriga*, Juan Antonio Fernández, el archivero de Uclés que había dirigido las excavaciones causantes de la polémica, escribía a Cornide unos días después desde su nuevo destino en Zaragoza para felicitarlo por el éxito de su viaje (RAH-9-3921-83).

El coruñés José Andrés Cornide de Folgueira y Saavedra (1734-1803) se trasladó en 1789 a Madrid, en donde sería aceptado en la Real Academia de la Historia como supernumerario en 1791 y luego como individuo de número en 1792. Fue secretario de la institución desde el 19 de febrero de 1802 al 22 de febrero de 1803, simultaneando esta función con la de bibliotecario, que ejerció desde el 4 de junio de 1802 hasta su muerte.

Cornide fue un hombre interesado en la Literatura, la Historia, la Geografía, la Zoología, etc., con una clara presencia de su Galicia natal, a la que dedicó gran parte de sus estudios, especialmente hasta la llegada a

Madrid. Mantuvo una muy generosa correspondencia –en gran parte perdida, salvo excepciones– con muchísimas figuras de su generación y tuvo acceso a las más altas instancias del Estado, que le confiaron cuestiones delicadas, incluso de política exterior.

La gran empresa de su vida fue el viaje a Portugal encargado por la Academia y alentado por el propio Godoy, que veía la posibilidad de conocer de primera mano el sistema defensivo del vecino país ante un eventual conflicto. Cornide realizó este viaje entre octubre de 1798 y marzo de 1801, aunque su prematura muerte en 1803 dejó inconclusos todos los estudios que tenía en marcha como consecuencia de su larga estancia portuguesa. En el primer volumen de su obra (Cornide 1893-1897) hay una «Nota preliminar» de Antonio Sánchez Moguel (V-XVI) en la que narra los pormenores de la organización, desarrollo y publicación del viaje; en la página XII dice Moguel que Cornide presentó en la Junta de 22 de octubre de 1802 «varios cuadernos de apuntes y diferentes materiales» que pretendía poner en limpio. Pero murió cuatro meses después, el 22 de febrero de 1803, por lo que no lo pudo hacer (Moguel, nota preliminar en: Cornide 1893, XII) y solo dejó terminado el *Estado de Portugal* (Cornide 1893-1897). En este año 2008 verá por fin la luz la edición de esos materiales que quedaron inéditos.

Tanta actividad intelectual de Cornide se tradujo en una acumulación infinita de notas que aparecen intercaladas por decenas de legajos de la Academia y en donde no siempre es posible seguir un hilo que permita su clasificación. Hübner, al referirse a su obra en *CIL*, II, dice: «Est farrago rudis omnino et indigesta, nam Cornide nec docto nec diligenter rem egit [tam diu interdum ne academiae quidem ubi esset scribebat, ut amici dubitarent utrum viveret necne]» (Hübner, en: *CIL*, II, XXIV). La fuente de referencia de casi todos los trabajos del coruñés es la obra de Carlos Ramón Fort (Fort y Pazos 1868), que, en 1868, hizo un balance de las obras publicadas e inéditas de Cornide –en el que se incluyen los trabajos de corte epigráfico (Cornide 1792, 1796, 1799)–, aunque desconociendo en detalle aún el riquísimo acervo documental inédito que había dejado.

Su obra ha tenido un cierto eco en las últimas décadas como evocación de quien se ocupó casi antes que nadie de la geografía y la historia, primero, de Galicia, y luego, de toda la península Ibérica. Estudios monográficos sobre su figura (Martínez-Barbeito 1965; López Gómez 1977; Gil Merino 1992) y exposiciones (Martínez-Barbeito 1968) han cultivado la memoria de quien en el ámbito profesional (Rumeu de Armas 2001, 101-102; Maier 2003, 453-454; Almagro-Gorbea 2003, 434) se comienza ahora a valorar como uno de los auténticos pioneros de los estudios epigráficos en Hispania.

Los textos del siglo XIX hasta la llegada de Hübner a Madrid (1801-1860)

La generación que protagonizó el empuje epigráfico en esta etapa había nacido en las últimas décadas del siglo XVIII y no había llegado a conocer, por tanto, a las grandes personalidades con que hemos iniciado estas páginas. Formados ya en los aires ilustrados que impregnaban la vida intelectual, muchos de ellos fueron personajes secundarios desde el punto de vista de la producción literaria, pero de sus plumas salieron apuntes sobre inscripciones de valor trascendental por la cercanía a la pieza y por la autopsia directa de los epígrafes.

En orden temporal habría que comenzar refiriéndonos al académico Juan Bautista Barthe (1785-1853), de quien la Academia conserva documentos autógrafos (Abascal/Cebrián 2005, 97-98) sobre inscripciones y antigüedades hasta 1850, y que redactó algunos informes sobre epígrafes granadinos y sevillanos entre c. 1829 y 1836 (11-8134-9b-d).

A esta nómina corresponde un autor descubierta en fechas recientes –y, por lo tanto, no conocido por Hübner–, el valenciano Francisco de Paula Aragón (Abascal/Cebrián 2004b; Abascal/Cebrián 2005, 87), que mantuvo correspondencia con el P. Jaime Villanueva –el genial literato y diputado en las Cortes de Cádiz– y que, entre 1818 y 1820, redactó varios informes sobre inscripciones de los territorios de *Edeta* y *Saetabis* (RAH-9-4578-2).

Un anónimo pero interesante manuscrito fechado el 1 de julio de 1818 lleva por título *Inscripciones romanas pertenecientes a la región de los Astures Transmontanos* (RAH-9-7363-72; Abascal/Cebrián 2005, 75). El interés de la pieza radica en la escasez de testimonios literarios sobre la epigrafía asturiana y en la directa dependencia que manifiesta de los trabajos de Francisco de Paula Caveda, que había enviado inscripciones a la Academia en 1794 (RAH-O-9-3932-4/15; Cebrián 2002, 111); las referencias contenidas en el nuevo documento indican que se escribió en Madrid.

Al iniciarse el siglo XIX la copia de manuscritos alojados en otras bibliotecas para enriquecer el archivo académico se había convertido ya en una prioridad del trabajo diario; prueba de ello es lo tratado en la sesión del 4 de diciembre de 1801, resumida en un documento que lleva este título *Noticias presentadas por Señores Académicos de varios Archivos y Bibliotecas de estos Reinos en que existen monumentos históricos, y de los sujetos de las Provincias a quienes puede la Academia encargar su copia o noticia. Contiene Noticias dadas por el Señor Cornide, el Señor Pellicer y el Señor Flores que presenta el Índice de manuscritos del difunto Señor Floranes de Valladolid* (RAH-11-8252-7a). Al legado Floranes hay que añadir la recepción en aquellos años de los manuscritos de José Ortiz (RAH-11-8252-11a)

y de otros conservados en los monasterios de Cataluña (RAH-11-8252-7c).

En 1815 tuvo lugar una importante incorporación de documentos procedentes de Simancas al archivo de la Real Academia de la Historia. Tomás González, *Comisionado por S.M. para arreglar el Real Archivo de Simancas*, comunicó el 3 de septiembre de 1815 a la Academia (11-8240-13a) que se habían descubierto una serie de manuscritos de gran valor histórico que, por mediación de D. Pedro Cevallos, llegarían a la institución. Con un celo poco habitual, solo una semana después, Cevallos (RAH-11-8240-13b) escribía al secretario de la Real Academia de la Historia para notificarle el envío, por orden del rey, no de copias sino de los originales de tales documentos trasladados desde Simancas. La relación de dichas obras habla por sí misma: 1, la vida del Cardenal Cisneros, escrita por Alvar Gómez; 2, cuatro libros de la *Historia de la orden de San Jerónimo* escritos por el P. Fr. José de Sigüenza (incompleta); 3, la *Crónica de la orden de San Benito* escrita por Prudencio de Sandoval; 4, la *Vida de Carlos V de Prudencio de Sandoval*, autógrafa y anotada (incompleta); 5, Cuatro libros de la descripción de África; 6, una gran parte de la *Crónica General* de Ambrosio de Morales y varios opúsculos de este autor, incluyendo todos los manuscritos empleados para la imprenta con notas y retoques de Morales.

Entre ellos se encontraban los fundamentales textos de *Las antigüedades de las ciudades de España que se nombran en esta coronica: con un descargo al principio de las maneras que pueden haber para averiguar y entender el verdadero sitio y nombre, que antiguamente tuvieron* (RAH-9-3954 a 3960) y las *Inscripciones sacadas de un manuscrito existente en la Biblioteca de los Estudios de San Isidro de Madrid el cual tiene por título Memorial de cosas antiguas de Romanos y de San Pedro de Arlanza y de otros*, que copiara de los originales Cándido María Trigueros (RAH-9-3918-6a) y luego revisara Cornide en 1790.

A la vista de esta entrega ordenada por el primer secretario de Estado y autorizada por el rey, puede deducirse que la Real Academia de la Historia se había convertido en el archivo de referencia para manuscritos relacionados con la Historia de España, incluyendo obviamente aquellos que contenían su importante acervo epigráfico.

En mayo de 1816, un año después de recibirse los originales manuscritos de Ambrosio de Morales, seguían llegando desde Simancas algunas piezas excepcionales como la *Interpretación Latina del Cantar de los Cantares* de Fray Luis de León, remitida por Tomás González (RAH-11-8240-14a), y desde esa fecha hasta 1856 se copiaron numerosos manuscritos árabes en la biblioteca de El Escorial, tarea encargada inicialmente a Manuel Malo de Molina (RAH-11-8057-7). Las donaciones particulares de manuscritos por aquellos años

también son importantes; José de la Canal y José Musó clasificaron en 1829 la donación Lamadrid (RAH-11-8138-11). De estas décadas iniciales del siglo XIX son también los manuscritos enviados por Próspero Bofarull desde el archivo de la Corona de Aragón en Barcelona (RAH-11-8240-11).

Más allá de la mera labor de copia, a comienzos del siglo XIX, la epigrafía hispanorromana comenzó a recibir la atención de numerosas personalidades que, desde todos los rincones de la Península se afanaban en la recogida de inscripciones y en su estudio. Para muchos de ellos se trataba de un mero ejercicio de erudición que les permitiría integrarse en los círculos sociales de su tiempo. Pero para muchos otros fue una auténtica vocación, y con su trabajo rindieron un servicio impagable a la investigación epigráfica.

Tal es el caso del franciscano José María Jurado, natural de Espejo (Córdoba), que vivió primero en el convento de Lopera y luego en el de San Pedro de Alcántara de Córdoba. Tuvo acceso a los manuscritos de Fernando José López de Cárdenas (1719-1786) y, a través de él, a los de escritores como José Vázquez Venegas (1713-1774) o Juan Fernández Franco (1520/25-1601), lo que explica la riqueza de la documentación que nos ha llegado a su nombre. Aunque desconocemos las fechas de su nacimiento y de su muerte, su actividad profesional se fecha entre 1816 y 1832, intervalo en el que se sitúan todos los manuscritos conocidos (Abascal/Cebrián 2005, 304-306).

Entre las obras de Jurado destacan, en primer lugar, las copias de textos ajenos y, entre ellas, las compilaciones epigráficas basadas en Fernández Franco; el más interesante de los documentos es la *Memoria de la colección de los manuscritos que del Licenciado Juan Fernández Franco recogió y copió en un Libro de a folio el insigne cura de Montoro D. Fernando José López de Cárdenas por los años de 1773* (RAH-11-8056-9), que reúne casi todos los trabajos de Fernández Franco.

De los textos surgidos de la pluma de Jurado hay que destacar la *Historia abreviada de la Villa de Espejo o sea Compendio de otra ideada con este Epígrafe... La colonia Claritas Iulia hoy Espejo villa del reino de Córdoba con algunas disertaciones y apéndices justificativos al fin. Historia surgida de varios remiendos por un Fraile del Instituto así vulgarmente llamado y natural de la dicha villa. Año de 1829* [y suplementos en borradores de 1831, 1833 y 1834] (RAH-9-7378-1); se trata del documento con mayor caudal epigráfico para la zona, aunque en muchos casos se trate de copias de inscripciones tomadas de otros autores.

Mención aparte merecen en aquellos años los informes sobre el archivo del monasterio de Uclés, parcialmente perdido durante la guerra de la Independencia y conservado hoy en el Archivo Histórico Nacional. El archivero Juan Antonio Fernández, que había sido reclamado por el prior Antonio Tavira para ordenar esta

magnífica colección, nos dejó una evaluación general de su contenido, que llegó a la Real Academia de la Historia tras su fallecimiento, cuando su autor ya se había ocupado también en Zaragoza del archivo de la Orden de San Juan de Jerusalén. Este cuaderno (RAH-11-8167-70) contiene una crónica de la situación del archivo de Uclés desde sus orígenes hasta la época de Carlos IV, lo que su autor denominó como *Noticia del principio, progresos y último estado del Archivo general de la Orden de Santiago*. En el mismo legajo se conservan aún unas notas de Fernández que llevan por título *Noticias sobre el Archivo de Uclés, Orden del Temple y otras con otros Manuscritos*, lo que da idea del interés que la Academia tenía por reunir esta información y del empeño con que sus colaboradores se afanaban en la tarea. Diego Clemencín (Clemencín 1832, 14) alude en su informe de 1832 a esta recepción de los papeles de Fernández a los que se daba la importancia que merecían, habida cuenta de la trayectoria profesional de su autor:

«La Academia, no contenta con procurar la conservación de sus manuscritos propios, ha extendido su solicitud a la de otros depósitos de esta clase de preciosidades. Practicó diligencias para que no se perdieran ni oscureciesen los manuscritos que dejó don Juan Antonio Fernández, archivero que fue de la orden de Santiago; en los cuales puede creerse que se habrán salvado noticias importantes, relativas a dicha orden, cuyo archivo general fue saqueado y destruido de resultas de la funesta batalla de Uclés en Enero de mil ochocientos y nueve.»

Durante el siglo XIX, la preocupación por ordenar el archivo y biblioteca aparece continuamente en los informes anuales y de trienios de los diferentes directores. Para todos ellos era evidente que la Academia atesoraba un caudal riquísimo de información insuficientemente valorado y que, solo tras un exhaustivo análisis y recolocación de los fondos, sería posible ponerlo a disposición de los estudios históricos.

En las *Noticia de las Actas* de la Academia de 1832, Diego de Clemencín y Viñas (1765-1834) dice lo siguiente (Clemencín 1832, 13):

«Pero las riquezas literarias que en sus manuscritos tiene la Academia, serían poco menos que inútiles, si su arreglo y colocación no estuviesen dispuestos de manera que sea fácil y cómodo su uso. Para este objeto se ha formado una Comisión, que reconociendo todos los códices y papeles de la Academia, forme su catálogo con la especificación y claridad conveniente. La Comisión trabaja con actividad y perseverancia en el desempeño de esta prolija operación; y ya se han empezado a disfrutar los buenos efectos de su laboriosidad en los diferentes trabajos en que entienden las demás Comisiones del Cuerpo.»

Esa Comisión debió de llevar a cabo su labor con una diligencia fuera de toda duda, pues solo dos años

después, en 1834, el informe trienal de dirección de Martín Fernández de Navarrete indicaba que ya estaban disponibles varios miles de fichas y que el archivo servía ya como fuente de referencias para los trabajos académicos:

«La Comisión encargada del arreglo de los manuscritos que posee la Academia ha adelantado también sus trabajos conforme lo han permitido las circunstancias y las ocupaciones de sus individuos. Se ha concluido el índice general, pero faltan todavía muchos pormenores que coronarán la obra y serán objeto de las tareas sucesivas. Aún en el estado en que se halla este índice puede servir y ha servido en efecto para auxiliar los trabajos de los señores Académicos, proporcionándoles documentos y noticias útiles y poco conocidas para sus investigaciones históricas. Del caos y confusión en que antes estaba esta preciosa parte de nuestro archivo literario, ha renacido por medio de este trabajo el orden y la facilidad de hallar lo que se quiere o necesita. Los tomos sueltos, todas las colecciones, los mapas y estados generales relativos a geografía y estadística, las estampas, los dibujos de restos de antigüedades, las Memorias de mayor importancia leídas por los señores Académicos, todo se halla continuado en el índice con el orden y referencias oportunas, para lo cual se han formado las papeletas correspondientes, que no bajan de seis a siete mil. De los papeles sueltos de materias inconexas se han formado legajos, poniendo en la parte exterior una nota expresiva de las materias de que tratan; y lo mismo se ha ejecutado en los que existen en el archivo de la Academia, donde entre la correspondencia se encuentran papeles o Memorias muy apreciables. Resultado de estos prolijos reconocimientos para el arreglo de nuestros manuscritos ha sido la adquisición de varias noticias curiosas con que ilustrar la bibliografía española» (Fernández de Navarrete 1835, 11-12).

Del trabajo diario de aquella Comisión encargada del orden del archivo quedan muchas evidencias en cuadernos con anotaciones, apuntes, listados interminables de obras por revisar, etc. Sirva como ejemplo el largo documento RAH-11-8138-12, titulado *Índice de los Mapas, planos, plantas, dibujos y muestras de letra antigua que se han encontrado sueltos y sin ordenar en la Biblioteca de esta Real Academia*. Pero la tarea no era pequeña y el trabajo se prolongó durante todo el siglo XIX con diferentes altibajos.

En aquellos años seguían llegando a la biblioteca textos copiados en diversos archivos e incluso originales enviados desde diferentes puntos de España, como los «documentos históricos. Monasterios suprimidos. 1850 a 1855» (RAH-11-8253) o los «procedentes de conventos» entre 1856 y 1858 (RAH-11-8085-n), aunque no siempre del interés que se esperaba. Ejemplo de ello es el informe que en enero de 1842 emite Pedro Sáinz de Baranda (1797-1853)

sobre los manuscritos enviados por el obispo electo de Ciudad Rodrigo (RAH-11-8240-15), de los que dice que no tienen demasiado valor para la Academia. A cambio, en 1859 se pidió expresamente la entrega de parte de los «papeles de Jesuitas» conservados en el Ministerio de Gracia y Justicia, que se consideraban de un altísimo interés (RAH-11-8138-9e). De esos años centrales del siglo XIX es el *Índice de los documentos regalados a la Real Academia de Historia por el Señor Don Pascual de Gayangos, su individuo de número* (RAH-11-8138-7).

Mientras tanto, avanzaba el trabajo de catalogación e inventario, cruzando índices, elaborando enormes listados confrontados con ficheros antiguos, etc. Esta tarea fue importante entre 1815 y 1851, como demuestran los documentos conservados, que indican que el mantenimiento de este empeño consumía gran parte de la labor de los sucesivos bibliotecarios de la Real Academia de la Historia.

La generación de Emil Hübner (1834-1901)

Entre 1825 y 1840 nació la generación contemporánea de Emil Hübner (1834-1901), cuyos miembros alcanzarían el cenit de su producción intelectual c. 1865-1880. A ella pertenecieron figuras como Fidel Fita (1835-1918), Aureliano Ibarra (1834-1890) o Ramón Barros Sivelo (1828-?), entre otros. Esta generación se encadenó intelectualmente con algunas personalidades nacidas unos años antes, que tendrían una gran trascendencia en los estudios epigráficos y que impulsarían de forma importante la recogida de testimonios, aquella a la que pertenecieron Aureliano Fernández-Guerra (1816-1894) o Buenaventura Hernández Sanahuja (1810-1891).

El mayor de todos ellos fue Buenaventura Hernández Sanahuja (1810-1891), que marcaría los estudios epigráficos en la Cataluña de la segunda mitad del siglo XIX. Correspondiente de la Real Academia de la Historia en Tarragona desde 1851 (Sabau 1862, VIII), director del museo de la ciudad (1852) e Inspector de Antigüedades por nombramiento del gobierno a propuesta de la Real Academia de la Historia (1853), Buenaventura Hernández Sanahuja fue la referencia ineludible de la Epigrafía y Arqueología de Tarragona durante varias décadas. Su formación clásica y su afición numismática le permitieron afrontar con rigor los agitados años en que Tarragona mostró lo mejor de su patrimonio arqueológico durante las transformaciones urbanas de la segunda mitad del siglo XIX. Fue autor de varias obras fundamentales (Hernández Sanahuja 1855; Hernández Sanahuja/Arco 1894) y como tal ha recibido el reconocimiento de la investigación moderna (Nogués 1936, 169-172; Riu 1991; Massó *et al.* 1992; Soberanas/Massó 1992; Sada/Massó 1997, 149-154; Almagro-Gorbea 2003, 441-442).

Los manuscritos de Hernández Sanahuja en la Real Academia de la Historia son muchos y trascendentales, con la ventaja añadida de que se trata de textos y cartas enviados por el propio autor entre 1851 y 1886, lo que permite fechar con precisión los descubrimientos epigráficos en Tarragona y sus alrededores. Merece destacarse la riquísima serie de RAH-T-9-7974-5 a 27, datada entre 1853 y 1881, y la colección de cartas e informes guardados en RAH-9-7373 y RAH-9-7369-5b, entre otros (puede seguirse la relación en: Abascal/Cebrián 2005, 285-287).

Dos años más joven que Hernández Sanahuja fue el intelectual granadino Manuel de Góngora Martínez (1812-1884), Inspector de Antigüedades en Granada y Jaén por nombramiento del gobierno a propuesta de la Real Academia de la Historia (1859) y catedrático de la facultad de Filosofía y Letras de Granada. En el campo de las antigüedades romanas, solo uno de los que cultivó, su obra fundamental es el *Viaje literario por las provincias de Granada y Jaén* (Góngora/Sanders 1915), que le valió el premio por descubrimientos de antigüedades otorgado por la Academia en 1858 y cuyo manuscrito e ilustraciones se conservan en la institución (RAH-9-5359; Abascal/Cebrián 2005, 271).

En los años centrales del siglo XIX, poco antes de que Hübner llegara a Madrid, hay que situar a un desconocido hasta ahora en los estudios epigráficos. Se trata de Rafael Martínez Carnero, profesor de enseñanza de Instrucción primera de la villa de Almedina y residente en Torrenueva (Ciudad Real). Sus estudios sobre el miliario de Aldeahermosa de Montizón (*CIL*, II, 4935) le valieron en 1859 el premio a trabajos históricos convocado por la Real Academia de la Historia, a la que envió diversos textos de un altísimo interés, que pronto verán la luz, sobre la epigrafía en la zona limítrofe entre Ciudad Real y Jaén, con algunos datos fundamentales para el área de Albacete (Abascal/Cebrián 2005, 340-341). Su caso no es sin duda único, pero sí es uno de los más llamativos: erudito latinista, investigador incansable, su alejamiento de los círculos oficiales de la cultura de su tiempo lo relegó al olvido, del que solo han podido sacarlo sus páginas manuscritas ocultas durante siglo y medio en un archivo.

Una de las figuras clave de esta generación es Aureliano Fernández-Guerra y Orbe (1816-1894), cuya vida estuvo al servicio de la educación y de la cultura de su tiempo (Señán y Alonso 1915; Vázquez de Parga 1935; Vargas-Zúñiga 1981, 540-545; Almagro-Gorbea 1999, 142-144; Abascal 2004b, 293-298; Miranda Valdés 2005). Fue literato y amigo de literatos, autor teatral, periodista, persistente investigador en el mundo de las antigüedades, editor, crítico, etc., y en ese cúmulo de intereses la Epigrafía constituyó un área de actividad muy importante.

El mundo de la epigrafía latina lo llevó a entrar en relación con correspondientes y aficionados de muchas

ciudades; parte de esas relaciones se evidencian en su enorme actividad epistolar, de la que son buena prueba el archivo familiar y el de la Real Academia de la Historia, entre otros. Pero, sin duda, su mejor amigo y aliado científico fue Fidel Fita. La llegada de Hübner a Madrid dio a Fernández-Guerra la oportunidad de convertirse en su apoyo en la Academia, facilitándole cientos de noticias y calcos de inscripciones, trabando una amistad que se prolongaría durante tres décadas.

Además de numerosas publicaciones en monografías y artículos científicos, Aureliano Fernández-Guerra dejó un riquísimo fondo documental con apuntes, mapas, manuscrito inéditos, fichas epigráficas, etc., que, en parte, fueron entregadas, tras su muerte, a la Academia (RAH-11-8138-3a; Abascal/Cebrián 2005, 221-249). Ese legado es complementario del importantísimo material dado a conocer recientemente por Javier Miranda Valdés (Miranda Valdés 2005).

Ramón Barros Sivelo (La Coruña, 1828-?) se convirtió en el referente en los estudios viarios y de epigrafía viaria en el noroeste peninsular. Correspondiente de la Real Academia de la Historia en Orense, destacó por sus continuos informes sobre vías romanas de Galicia, que recorrió personalmente. Fue autor de unas *Antigüedades de Galicia* (Barros Sivelo 1875a) y de un *Mapa Arqueológico de Galicia* (Barros Sivelo 1875b). La Academia conserva un buen número de sus manuscritos, sus importantes descripciones de miliarios y los mapas que los acompañan (RAH-OR-9-7965-5; 9-6666-4d; 9-6440-1 y 2), además de una copiosa correspondencia fechada entre 1859 y 1868 (Abascal/Cebrián 2005, 96-97).

Por su fecha de nacimiento e, incluso, por sus intereses científicos, habría que relacionar con Barros al tarraconense Eduardo Saavedra (1829-1912), una de las figuras más interesantes de su tiempo (Mañas 1983). Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, trabajó en el trazado de las redes férreas por tierras de Castilla antes de llegar a Madrid como profesor universitario. Fue senador del reino (1895) e ingresó en la Real Academia de la Historia en 1861, siendo su tesorero de 1878 a 1895 y su director desde junio de 1908 a diciembre de 1909. Perteneció también a la Real Academia de San Fernando. Su estudio arqueológico más conocido es la *Descripción de la vía romana entre Uxama y Augusto-briga* (Saavedra 1861; Gabinete de Antigüedades, n.º antiguo 11-2-6/n.º 27), que aún hoy sigue siendo un modelo a imitar. Entre sus publicaciones destaca también una edición del Nubiense (Saavedra 1881).

Las inscripciones fueron un interés constante para Saavedra, que pudo documentar por su oficio en primera persona los hallazgos epigráficos de la necrópolis de Palencia (RAH-9-7581 y RAH-LE-9-7959-4/3), levantando además un sin fin de planos donde se encuentran los trazados viarios y los hallazgos epigráficos que los jalonan (Abascal/Cebrián 2005, 417-419).

Por ello, su obra fue el referente principal de Hübner para algunas zonas de la Meseta y probablemente fue él quien animó en los primeros estudios epigráficos a quien habría de ser un discípulo aventajado, el P. Fidel Fita.

En el área valenciana y alicantina hay que incluir en esta generación a Aureliano Ibarra Manzoni (1834-1890), vinculado durante toda su vida a La Alcudia de Elche (*Ilici*), en donde excavó y reunió una importante colección de antigüedades e inscripciones que sería vendida luego al Museo Arqueológico Nacional (Tortosa 2004, 175-179). A los hallazgos en este enclave dedicó su principal trabajo literario (Ibarra Manzoni 1879/1981). Su descripción de las inscripciones romanas empotradas en la puerta del archivo de Elche y la recopilación de los datos de su hallazgo (RAH-9-4106-1/2) sigue siendo un documento insustituible (Abascal/Cebrián 2005, 299).

El mismo año que Aureliano Ibarra nació en Düsseldorf Emil Hübner (1834-1901), llamado a desempeñar un papel nuclear en la epigrafía hispanorromana, no solo como compilador y autor del volumen segundo del *Corpus Inscriptionum Latinarum*, sino como impulsor, merced a su trabajo, de los estudios epigráficos en España y Portugal (Leite de Vasconcelos 1901, 49-59; Gildersleeve 1901; Rodríguez de Berlanga 1901a y 1901b; Cardozo 1947; Le Roux 1984, 17-31; Stylow 1995, 17-29; Stylow/Gimeno 2004, 333-340; Abascal/Cebrián 2005, 296). Educado primero en Dresde y luego en Berlín, se doctoraría en la Universidad de Bonn en 1854, cuando solo contaba 20 años de edad. En 1858 recibió de Theodor Mommsen el encargo de redactar el volumen dedicado a Hispania del *Corpus Inscriptionum Latinarum* (Hübner 1869 y 1892) tarea que inició en 1859, llegando a España en febrero de 1860, donde permanecería hasta octubre de 1861. Visitó consecutivamente Cataluña, Madrid, Segovia, Valencia y Alicante, Baleares, Murcia, Andalucía y Extremadura, para continuar luego por Portugal y Galicia, visitando más tarde algunas colecciones de Asturias y Castilla.

Veinte años después de su primer viaje, en 1881, Hübner se encontraba de nuevo en España para recoger inscripciones y, principalmente, para comprobar los fondos del Museo Arqueológico Nacional, aunque realizó viajes puntuales a Galicia, Sevilla e *Italica*, Pamplona, Astorga y León, etc. e incluso llegó a Portugal. En junio de 1885, Hübner había terminado su *Exempla scripturae epigraphicae Latinae a Caesaris dictatoris morte ad aetatem Iustiniani* (Berlín, 1885). Una carta del día 29 de ese mes dirigida a la Real Academia de la Historia anunciaba ya su intención de retomar los estudios epigráficos sobre la península Ibérica, cosa que hizo en el verano de 1886, en que inició su tercer viaje por España en busca de inscripciones. En esta ocasión el periplo incluyó Baleares, Sagunto, Málaga y

una estancia de varios días en Granada junto a Manuel Rodríguez de Berlanga, alojados ambos en la residencia que el marqués de Casa Loring tenía en la Alhambra. El cuarto y último viaje de Emil Hübner a España tuvo lugar en 1889. Fue uno de los hispanistas con mejores y más amplias relaciones en España, contándose entre sus amistades muchas de las grandes personalidades del humanismo de su tiempo: Antonio Delgado, Demetrio de los Ríos, Eduardo Saavedra, Pedro Ibarra Ruiz, Joaquín Costa, Ángel del Arco, Luis Jiménez de la Llave, Rodríguez de Berlanga, los Gómez-Moreno, Gabriel Llabrés, Manuel de Góngora, etc., pero sobre todo Aureliano Fernández-Guerra y Fidel Fita, que llevó a la Academia la voz de Hübner.

Solo un año más joven que Hübner fue el jesuita barcelonés Fidel Fita (1835-1918). Se convirtió en su momento uno de los mejores lingüistas de la Compañía, pues dominaba el latín, el griego y el hebreo, pudiendo mantener correspondencia en alemán, inglés y, por supuesto, en francés; esto le dio un abanico de posibilidades que se tradujo en múltiples relaciones nacionales e internacionales con todos los círculos intelectuales de su época. Fue amigo personal de Eduardo Saavedra (1829-1912) y de Aureliano Fernández-Guerra (1816-1894), que apoyaron su ingreso en la Academia, de la que llegaría a ser director de 1912 a 1918, sustituyendo a Marcelino Menéndez Pelayo.

Fidel Fita editó cientos de inscripciones de casi todas las regiones españolas (Pérez de Guzmán 1918, 97-112; Abascal 1994, 1996, 1999a, 2004a; Abascal/Cebrián 2005, 250-253) gracias a una extensa red de correspondientes y a una frenética actividad epistolar, especialmente desde 1875. Solo para el periodo 1879-1918 tenemos noticia de más de dos mil cartas (Frías 1919, 493-509; García Iglesias 1995, 1996, 1997a y 1997b).

Entre sus correspondientes hay que citar, por encima de cualquier otro, a Emil Hübner, con quien mantuvo relaciones cordiales, especialmente desde 1879; sus cartas habrían de servir para incorporar al *Corpus Inscriptionum Latinarum* noticias imposibles de conseguir por otros conductos, como lo reconoció el propio Hübner al referirse a Fita en el prólogo a su obra. Tras la muerte de Hübner, Fita prodigó las mismas atenciones a Herman Dessau. Su obra epigráfica impresa es innumerable y su bibliografía abarca cientos de títulos. Quizá por lo temprano de su redacción y por tratarse de autopsias personales habría que citar sus estudios de epígrafes leoneses (Fita 1866) y su crónica del viaje a Santiago junto a Fernández Guerra (Fita/Fernández-Guerra 1880).

Casi contemporáneo de Hübner fue el talaverano Luis Jiménez de la Llave († Talavera de la Reina 1905), a quien debemos la información sobre las inscripciones de la antigua *Caesarobriga* (Abascal/Cebrián 2005, 303) y la primera recopilación de las mismas, que serviría de base al catálogo publicado en 1882 por Fidel Fita (Fita 1882, 248-302).

Sería injusto no incluir en esta sucinta relación al cántabro Romualdo Moro, fallecido en Comillas en 1896 y casi desapercibido en la bibliografía española (Abascal 1994, 380-382; Abascal 1999a, 100-104 y 129-130; Abascal/Cebrián 2005, 364; Cisneros/Quintana/Ramírez 2005, 566-570), por lo que diremos algo más de su figura y su obra. Entre 1891 y 1893 dirigió excavaciones en sitios tan distantes como *Iuliobriga* (Retortillo, Cantabria), Arganda y Perales de Tajuña (Madrid), Calatorao (Zaragoza), Arconada y Frómista (Palencia), Amaya (Burgos) y Olleros de Pisuerga (Palencia), siempre bajo el paraguas financiero de Claudio López Bru, II marqués de Comillas (1853-1925), por lo que la mayor parte de sus hallazgos ingresaría en la colección del marqués de Comillas. De sus excavaciones en Monte Bernorio, Monte Cildá (Olleros de Pisuerga, Palencia) y la Peña de Amaya (Burgos), remitió unos cuidados informes al jesuita Fidel Fita entre 1890 y 1891 (RAH-9-7580); en estas cartas aparecerían por primera vez algunos de los *termini Augustales* que separaban el asentamiento de la *legio IV Macedonica* de la ciudad de *Iuliobriga*, convirtiéndose así en *editio princeps* de una parte fundamental del patrimonio epigráfico de Cantabria. Como muestra de su modestia frente al interés de sus investigaciones hay que destacar que rehusó ser nombrado Correspondiente de la Real Academia de la Historia al considerarse «indigno de tanto honor» (*Boletín de la Real Academia de la Historia* 29, 1896, 269).

Menos datos tenemos de Elías García-Tuñón y Quirós, académico Correspondiente en Bailén, a quien habría que referirse no por el volumen sino por la calidad de su información sobre la necrópolis e inscripciones romanas del Cortijo de la Toscana en esa localidad (Abascal/Gimeno 2000, 199-202; Abascal/Cebrián 2005, 264). García-Tuñón no solo envió textos de las inscripciones sino calcos, y mantuvo informada a la Academia de los hallazgos en el área jiennense entre 1870 y 1877. De esos años son también los informes del cordobés Victoriano Rivera Romero sobre hallazgos epigráficos en Córdoba (RAH-11-8525) y Porcuna (RAH-9-7388-14; Abascal/Cebrián 2005, 406).

También es escasa la información sobre Tomás María Garnacho, a quien la investigación española debe casi todo lo que sabemos sobre las inscripciones de Moral de Sayago (Abascal/Cebrián 2005, 265; Abascal, en prensa). En abril de 1859, durante una visita rutinaria por motivos de trabajo a la comarca de Bermillo de Sayago (Zamora), Tomás María Garnacho tuvo noticia de que el día anterior a su llegada se habían descubierto en Moral de Sayago «de veinte a veinte y cinco piedras sepulcrales de media a dos varas de longitud, perfectamente conservadas, todas de granito y de una forma análoga, las más labradas con esmero y llenas de inscripciones latinas». Con esas palabras describió el hallazgo este inspector de estadística de Zamora, comandante de infantería y luego secretario del

gobierno militar de esta ciudad, quien, el 20 de abril de 1859, puso el hallazgo en conocimiento del gobernador civil de Zamora por si considerase conveniente dar «conocimiento de este hallazgo a la Real Academia de la Historia». Su comunicación al gobernador civil en forma de breve *Memoria* (RAH-9-7373-37) iba acompañada de un segundo documento sobre la fortaleza de Castro-Torafe, fechado unas semanas antes, el 12 de marzo de 1859 (RAH-9-7373-36).

No pertenece a esta generación por nacimiento, pero sí por su temprana muerte, el emeritense Pedro María Plano (1851-1900), Correspondiente de la Academia y vicepresidente de la Subcomisión Provincial de Monumentos de Mérida, a quien debemos un manuscrito básico para epigrafía religiosa de la Hispania romana, *Piedras votivas romanas, dedicadas a las aguas de Montemayor por enfermos que hallaron en ellas alivio o curaciones. Se encontraron en abril de 1894 para encauzar aguas* (RAH-9-7580), así como una riquísima correspondencia sostenida en 1894 con Fidel Fita sobre los hallazgos epigráficos en Mérida, lo que justifica su inclusión en este apresurado relato (Abascal/Cebrián 2005, 387).

Otro tanto ocurre con Mariano Carlos Solano Gálvez de San Pelayo y Villalpando, V Marqués de Monsalud (1858-1910), Académico de Número de la Real Academia de la Historia y Correspondiente del Instituto Arqueológico Germánico, entre otros méritos (García Iglesias 1997a). Fue uno de los principales corresponsales de Fita (RAH-9-7585) y su obra epigráfica y sus estudios históricos (Solano Gálvez de San Pelayo 1900, entre otros), impresos en decenas de artículos, hablan por sí solos (Abascal/Cebrián 2005, 442).

La primera mitad del siglo xx

Había muerto ya Hübner cuando despuntó en los estudios epigráficos el almeriense Diego Jiménez de Cisneros (1869-1933), que fue Correspondiente de la Academia en Cartagena desde el 22 de diciembre de 1905, a quien encontraremos en 1912 como Correspondiente en Baeza (Jaén) y que el 27 de junio de 1915 comunicó a la Academia su nueva residencia en La Laguna (Tenerife) (RAH-J-9-7958-40/3). No siendo un reconocido epigrafista, Jiménez de Cisneros fue un fiel corresponsal de la Academia (Abascal/Cebrián 2005, 302-303) en lo referente a las inscripciones de Cartagena, y a él debemos la ubicación correcta de los hallazgos que tuvieron lugar entre 1909 y 1919 –en lo que ahora sabemos que fue el foro de *Carthago Noua* (RAH-MU-9-7963-63 y 65)– y las noticias sobre el descubrimiento de las anclas con inscripciones del Cabo de Palos (RAH-9-6414-229).

Huelga decir que en esta nómina de epigrafistas hay que incluir a Manuel Gómez-Moreno Martínez (1870-1970), arqueólogo, arabista e historiador, a

quien se debe el desciframiento de la escritura ibérica y que colaboró desde muy joven con Hübner (Mata Carriazo 1977; Vargas Zúñiga 1978, 318-324, n.º 250; Gómez-Moreno 1995; Almagro-Gorbea 1999, 156-158). Además de su contribución a los *Catálogos Monumentales de España*, su obra epigráfica tiene un especial interés en lo relativo al estudio de las pizarras visigodas (RAH-9-8154-2) y la Academia conserva el manuscrito y los materiales auxiliares de su obra sobre el particular (Gómez-Moreno 1966; Abascal/Cebrián 2005, 270). De su influencia en la epigrafía posterior pueden dar idea sus palabras en el discurso de recepción en la Academia:

«Yo vine traído por el P. Fita, como heredero suyo en Epigrafía, abonado desde fecha casi remota por uno de mis descubridores, el benemérito maestro Emilio Hübner; y debo a la gran benevolencia del P. Fita el que me perdonase desvíos respecto de sus doctrinas y un gracioso juicio de mi discurso de entrada, diciendo que era cosa de poco ruido y muchas nueces. El se mantuvo durante muchos años cultivando con éxito y atrayendo corresponsales en la tarea de publicar inscripciones. Yo, pese a mi buen deseo, no he sabido fomentarlas; pues confieso que no me seducen los *Dis manibus, votum solvit, in pace* y demás fórmulas de la “canaglia epigraphica”; pero también es verdad que ninguna pieza clásica trascendental se me ha venido a las manos, y en cambio con lo ibérico he tenido y sigo teniendo suerte: valga como descargo» (Navascués/Gómez-Moreno 1953, 88).

En los albores del siglo xx hay que situar los estudios epigráficos del cartagenero José Lafuente Vidal; fue profesor de Geografía de la Escuela Elemental Municipal de Industrias de Cartagena (1902) y opositó hacia 1908 a una cátedra de Latín con un estudio sobre las inscripciones romanas de Cartagena (RAH-11-8249-18), llegando a ser director del Museo Arqueológico Provincial de Alicante, del que publicó un primer catálogo (Lafuente Vida 1959). Su estudio sobre los textos de su ciudad natal lleva por título *Leyes fonéticas y morfológicas que explican los arcaísmos más usuales en la epigrafía romana tomando como base para su exposición el estudio particular de 60 inscripciones latinas que se conservan en la Sociedad Económica de Amigos del País de Cartagena*, y constituye la primera recopilación posterior a Hübner, siendo la base de los trabajos modernos (Abascal/Cebrián 2005, 309-310).

Por la correspondencia de Fidel Fita y su intenso caudal de noticias epigráficas enviadas al *Boletín* de la Real Academia de la Historia sabemos de Enrique Romero de Torres (1876-1956), Correspondiente de la Real Academia de la Historia en Córdoba y hermano del pintor Julio Romero de Torres, de quien se conservan los manuscritos de algunas de sus publicaciones y un sin fin de noticias fechadas entre 1896 y 1921, casi todas en el expediente cordobés RAH-CO-9-7952 y

algunas dispersas en otros legajos (RAH-9-7581; 11-8244-2; 11-8246-55, etc., sobre las que puede verse: Abascal/Cebrián 2005, 410-411). Fue contemporáneo del abogado extremeño Mario Roso de Luna (1872-1931), Correspondiente de la Real Academia de la Historia (Redondo 1989; Cortijo 1982, 1989, 1991 y 1992), de quien conservamos numerosas comunicaciones sobre hallazgos epigráficos de los años 1902-1917 en los legajos RAH-9-7582 y RAH-CC-9-7948 (Abascal/Cebrián 2005, 411-412).

La nómina de autores dedicados a los estudios epigráficos a partir de 1910-1920 podría incrementarse de forma significativa por la mayoría de edad de los géneros históricos locales que se popularizan por toda la geografía peninsular. Sin embargo, queremos detener este relato solo con un nombre, el de César Morán Bardón (1882-1952), religioso agustino de origen salmantino que nos dejó trabajos fundamentales aún hoy sobre las inscripciones de la provincia de Salamanca y los vestigios viarios de este territorio (Morán 1920, 1922, 1946, 1949). La Academia conserva el manuscrito original de las *Curiosidades epigráficas de la provincia de Salamanca* (RAH-11-8246-50), publicado en 1920 (Abascal/Cebrián 2005, 361-362).

* * *

Hace unos años nos ocupamos de los impulsos de la recogida epigráfica protagonizados por la Real Academia de la Historia en unas páginas dedicadas a presentar el catálogo de los objetos epigráficos de la institución (Abascal/Gimeno 2000). Allí nos lamentábamos de la ausencia de un catálogo completo de sus manuscritos epigráficos que creemos haber paliado recientemente (Abascal/Cebrián 2005). En las páginas precedentes, más allá de un catálogo alfabético, hemos propuesto un recorrido temporal por algunos de los más importantes textos epigráficos que custodia la Academia. Esta relación, necesariamente incompleta para ser abarcable en unas pocas páginas, se inició con la generación del marqués de Valdefflores —para dar una pálida y pobre continuidad al relato que Gregorio Mayans firmó en 1756— y termina con algunos autores que, naciendo en el siglo XIX, publicaron la parte sustancial de su obra en la primera mitad del XX, entre los que destaca Manuel Gómez Moreno. Todo el relato ha sido, pues, construido a partir de los manuscritos de la Real Academia de la Historia, donde originales y copias suman su valor para recrear la Historia de más de dos siglos de estudios epigráficos con muy pocas lagunas.

Bibliografía

ABASCAL, J. M., en prensa: «Las inscripciones romanas de Moral de Sayago (Zamora, Hispania Citerior) y su descubrimiento en 1859», *Lancia*, 7, s. pp.

- 2004a: «Fidel Fita», en: *Pioneros de la Arqueología en España del siglo XVI a 1912*, Zona Arqueológica, 3, Alcalá de Henares, 299-305.
- 2004b: «Aureliano Fernández-Guerra y Orbe», en: *Pioneros de la Arqueología en España del siglo XVI a 1912*, Zona Arqueológica, 3, Alcalá de Henares, 293-298.
- 2002: «Dos palabras sobre las Inscripciones de Cartagena del Conde de Lumiares», en: ABASCAL, J. M.; NOGUERA, J. M.; NAVARRO, F. J. (eds.): *Cartagena romana. Historia y epigrafía*. Edición facsímil y estudio de: *Inscripciones de Carthago Nova, hoy Cartagena, en el reino de Murcia, ilustradas por el excelentísimo señor Conde Lumiares, individuo de la Academia de Ciencias y Artes de Padua*, Murcia, 19-48.
- 1999a: *Fidel Fita (1835-1918). Su legado documental en la Real Academia de la Historia*, Madrid.
- 1999b: «Los fondos documentales sobre arqueología española de la Real Academia de la Historia», en: ALMAGRO-GORBEA, M. (ed.): *El Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia*, Madrid, 259-285.
- 1996: «Fidel Fita y la epigrafía hispanorromana», *BRAH*, 193.2, 305-334.
- 1994: «Inscripciones romanas y celtibéricas en los manuscritos de Fidel Fita en la Real Academia de la Historia», *Archivo de Prehistoria Levantina*, 21, 367-390.
- ABASCAL, J. M.; CEBRIÁN, R. 2005: *Manuscritos sobre Antigüedades de la Real Academia de la Historia*, Madrid.
- 2004a: «Cornide, Freire y la Torre Ciega de Cartagena en 1797», *Mastia*, 3, 177-182.
- 2004b: «Los informantes valencianos de Jaime Villanueva y las inscripciones romanas de los territorios de *Edeta* y *Saetabis* (Hispania Citerior)», *Archivo de Prehistoria Levantina*, 25, 345-357.
- ABASCAL, J. M.; GIMENO, H. 2000: *Epigrafía Hispánica. Real Academia de la Historia. Catálogos del Gabinete de Antigüedades*, Madrid.
- ABASCAL, J. M.; RAMALLO, S. F. 1997: *La ciudad de Carthago Noua III. La documentación epigráfica*, Murcia.
- AGUILAR PIÑAL, F. 2001: *El académico Cándido María Trigueros (1736-1798)*, Madrid.
- 1995: *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII. Anónimos I*, vol. 9. Madrid.
- 1987: *Un escritor ilustrado: Cándido María Trigueros*, Madrid.
- 1979: *La obra ilustrada de don Cándido María Trigueros*, Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M. 2003: *Epigrafía Prerromana. Real Academia de la Historia. Catálogos del Gabinete de Antigüedades*, Madrid.
- 1999: «El Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia», en: ALMAGRO-GORBEA, M.

- (ed.): *El Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia*, Madrid, 15-173.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; MAIER, J. 2003: *250 Años de Arqueología y Patrimonio*, Madrid.
- ALSINET, J. 1774: *Nuevas utilidades de la Quina, demostradas, confirmadas, y añadidas por el Doctor D. José Alsinet Médico de familia e SS. Se manifiesta el modo cómo cada uno... podrá quitar el amargor a la Quina, sin perjuicio de su virtud febrífuga*, Madrid.
- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M 1996: *La Antigüedad en la historiografía del siglo XVIII: El Marqués de Valdeflores*, Málaga.
- ARIAS MONTANO, B. 1698: *Benedicti Ariae Montani Rethoricorum libri quattuor*, Venecia.
- 1605: *Ben. Ariae Montani hispalensis in XXXI Davidis psalmos priores commentaria*, Amberes.
- 1601: *Naturae historia: prima in magni operis corpore pars*, Amberes.
- 1571: *Humanae salutis monumenta. B. Ariae Montani studio constructa et decantata*, Amberes.
- BARROS SIVEL, R. 1875a: *Antigüedades de Galicia. Dedicada a las Exmas. diputaciones provinciales de Coruña, Lugo, León, Orense, Oviedo y Pontevedra*, La Coruña.
- 1875b: *Mapa Arqueológico de Galicia*, La Coruña.
- BURMANN, P. 1773: *Anthologia veterum latinorum epigrammatum et poematum*, Amsterdam.
- CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA, F. J. 2002: «El P. Enrique Flórez y la España Sagrada. Estudio preliminar», en: LAZCANO, R. (ed.): *España Sagrada*, vol. I, Madrid, IX-CLXXXI.
- CANTO, A. M^a. 1994: «Un precursor hispano del CIL en el siglo XVIII: el marqués de Valdeflores», *BRAH*, 191, 499-516.
- CARDOZO, M. 1947: *Correspondencia epistolar entre Emilio Hübner e Martins Sarmiento (Arqueología e epigrafía 1879-1899)*, Guimarães.
- CARO BAROJA, J. 1992: *Las falsificaciones de la Historia (en relación con la de España)*, Barcelona.
- CEBRIÁN, R. 2002: *Comisión de Antigüedades de la Real Academia de la Historia. Antigüedades e inscripciones 1748-1845, Catálogo e Índices*, Madrid.
- CEBRIÁN, R.; SALAMANQUES, V.; SÁNCHEZ, E. 2005: «La documentación sobre la memoria del viaje del Marqués de Valdeflores por España (Real Academia de la Historia, ms. 9/7018)», *Spal*, 14, 11-57.
- CEÁN BERMÚDEZ, J. A. 1832: *Sumario de las antigüedades romanas que hay en España*, Madrid.
- CISNEROS, M.; QUINTANA, J.; RAMÍREZ, J. L. 2005: «Peña Amaya y Peña Ulaña: toponimia y arqueología prerromana», *Palaeohispanica*, 5, 566-570.
- CLEMENCÍN, D. 1832: *Noticia de la Real Academia de la Historia o Resumen de sus Actas desde el año de 1821 hasta concluir el de 1831, leído en sus Juntas del mes de marzo de 1832*, Madrid.
- CORNIDE, J. A. 1893-1897: *Estado de Portugal en el año de 1800*, Madrid.
- 1799: «Noticia de las antigüedades de Cabeza del Griego», *Memorias de la Real Academia de la Historia*, 3, 71-243.
- 1796: «Continuación de la Memoria de Ignacio Hermosilla sobre las ruinas de Talavera la Vieja», *Memorias de la Real Academia de la Historia*, 1, 363-408.
- 1792: *Investigación sobre la fundación y fábrica de la Torre llamada de Hércules situada a la entrada del puerto de la Coruña*, Madrid (Bilbao 1980, reprod. facsímil de la de 1792; La Coruña 1986, reprod. facsímil de la de 1792; La Coruña 1991, reprod. facsímil de la de 1792).
- CORTIJO, E. 1992: *Mario Roso de Luna*, Badajoz.
- 1991: *Vida y obra del Dr. Mario Roso de Luna (1872-1931), científico, abogado y escritor*. Madrid.
- 1989: *Mario Roso de Luna. Estudios y opiniones*, Cáceres.
- 1982: *Mario Roso de Luna, teósofo y ateneísta*, Cáceres.
- DEMERSON, G. 1984: *Don Carlos González de Posada: aproximación a su biografía*, Oviedo.
- ESCRIBANO, J. M. 1959: *El Marqués de Valdeflores. Su vida, su obra y su tiempo*, Madrid.
- FERNÁNDEZ DE NAVARRET, M. 1835: *Discurso leído a la Real Academia de la Historia en junta de 28 de noviembre de 1834 por su Director el Excmo. Sr. D... al terminar el trienio de su dirección en cumplimiento de lo mandado en los Estatutos*, Madrid.
- FITA, F. 1902: «Noticias» [Sobre E. Marín, Trabajos inéditos del Conde de Lumieres], *BRAH*, 40, 357-359.
- 1882: «Inscripciones romanas de la ciudad y partido de Talavera (provincia de Toledo)», *BRAH*, 2, 248-302.
- 1866: *Epigrafía romana de la ciudad de León, con un prólogo y una noticia sobre las antigüedades de La Milla del Río por D. Eduardo Saavedra*, León.
- FITA, F.; FERNÁNDEZ-GUERRA, A. 1880: *Recuerdos de un viaje a Santiago de Galicia*, La Coruña, 1993 (2ª edición).
- FONT Y PAZOS, C. R. 1868: *Discurso en elogio de Don José Cornide de Saavedra*, Madrid.
- FRÍAS, L. 1919: «La correspondencia científica del P. Fita con sabios extranjeros», *BRAH*, 74, 493-509.
- GARCÍA IGLESIAS, L. 1997a: *El noble estudioso de Almedralejo. Autógrafos del Marqués de Monsalud en el Archivo del P. Fidel Fita, S. J.*, Badajoz.
- 1997b: «Las dificultades del P. Fidel Fita S. J. para afincarse en Madrid», *BRAH*, 194.3, 525-588.
- 1996: «Corresponsales pacenses del P. Fidel Fita, S. J.», *Memorias de la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes*, 3, Trujillo, 189-223.
- 1995: «Cartas de Roso de Luna al P. Fidel Fita S. J.», *REExt*, 51, 221-230.

- GIL MERINO, A. 1992: *La vida y obra de don José Cornide Saavedra*, La Coruña.
- GILDERSLEEVE, B. L. 1901: «Emil Hübner», *AJPh*, 22.1, 113-115.
- GIMENO, H. 2003: «Avances y retrocesos de una disciplina: Ilustrados españoles ante la Epigrafía», en: *Iluminismo e Ilustración. La Antichità e i loro protagonisti in Spagna e in Italia nel XVIII secolo*, Roma, 183-200.
- 1997: *Historia de la investigación epigráfica en España en los siglos XVI y XVII a la luz del recuperado manuscrito del Conde de Guimerá*, Zaragoza.
- 1995: «Novedades sobre los estudios epigráficos en España en los siglos XVI-XVII. Manuscritos y epigrafía. Metodología: el ejemplo del ms. Cattaneo», en: GASCÓ, F.; BELTRÁN, J. (eds.): *La Antigüedad como argumento II. Historiografía de arqueología e historia antigua en Andalucía*, Sevilla, 99-120.
- 1993: «Manuscritos y epigrafía latina: datos para un censo español», en: CRAWFORD, H. (ed.): *Antonio Agustín between Renaissance and counter-Reform*, Londres, 291-302.
- GIMENO, H.; STYLOW, A. U. 2003: «Las Inscripciones», en: BELTRÁN, J.; LÓPEZ RODRÍGUEZ, J. R. (coords.): *El Museo cordobés de Pedro Leonardo de Villacevallos*, Málaga-Madrid, 149-218.
- GOBERNA, M^a. V. 1985: «Arqueología y Prehistoria en el País Valenciano: Aportaciones a la historia de la investigación», en: *Arqueología del País Valenciano. Panorama y perspectivas*, Alicante, 9-30.
- GODOY ALCÁNTARA, J. 1868: *Historia crítica de los falsos cronicones*, Madrid.
- GÓMEZ MORENO, M. E. 1995: *Manuel Gómez-Moreno Martínez*, Madrid.
- GÓMEZ-MORENO MARTÍNEZ, M. 1966: *Documentación goda en Pizarra*, Madrid.
- GÓNGORA, M.; SANDARS, H. 1915: *Viaje literario por las provincias de Granada y Jaén*, Jaén.
- GUSSEME, T. A. DE 1773a: *Diccionario Numismático general, para la perfecta inteligencia de las Medallas antiguas, sus signos, notas, e inscripciones, y generalmente de todo lo que se contiene en ellas; con informe de las Deidades paganas, Héroe, Ninfas, Reyes, Emperadores, Augustas Personas, y Familias: de las Provincias, Regiones, Países, Ciudades, Pueblos, Montes, Ríos, Fuentes, Árboles, Plantas, Frutas, Animales, Aves, Peces, Edificios, Armas, Magistrados, Oficios, Dignidades, y demás de que se hace expresa mención en ellas*, Madrid.
- 1773b: «Noticias pertenecientes a la historia antigua, y moderna de la villa de Lora del Río en Andalucía», *Memorias literarias de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras*, 1773, 228-263 [Remesal, J.: 1981].
- HERNÁNDEZ, B. 1983: «La correspondencia de Pérez Bayer, Risco y Cornide con Antonio Tavera», *Boletín del Centro de Estudios del Siglo XVIII*, Oviedo, 10-11.
- HERNÁNDEZ SANAHUJA, B. 1855: *Resumen histórico-crítico de la ciudad de Tarragona*, Tarragona.
- HERNÁNDEZ SANAHUJA, B.; ARCO, A. DEL 1894: *Catálogo del Museo Arqueológico de Tarragona*, Tarragona.
- HÜBNER, E. 1892: *Corpus Inscriptionum Latinarum, voluminis secundi supplementum. Inscriptionum Hispaniae Latinarum supplementum*, Berlin.
- 1869: *Corpus Inscriptionum Latinarum, volumen secundum (CIL, II). Inscriptiones Hispaniae Latinae*, Berlin.
- 1862: «Inscripfen von Carmona, Trigueros und Franco, zwei spanische Inschriftensammler», *Rheinische Museum*, 17, 228-268.
- HULTMANN, J. A. 1758: *Miscellaneorum epigraphicorum liber singularis*, Zutphen.
- IBARRA MANZONI, A. 1879-1981: *Ilici: su situación y antigüedades*, Valencia (reedición en Alicante).
- JUAN GARCÍA, L. 1918: *Pérez Bayer y Salamanca. Datos para la bio-bibliografía del hebraísta valenciano*, Salamanca.
- LAFUENTE VIDAL, J. 1959: *Museo Arqueológico Provincial de Alicante. Catálogo Guía*, Alicante.
- LE ROUX, P. 1984: «E. Hübner ou le métier d'Épigraphiste», en: *Épigraphie hispanique. Problèmes de méthode et d'édition (Actes de la Table Ronde du CNRS, Bordeaux 1981)*, París, 17-31.
- LEITE DE VASCONCELOS, J. 1901: «Emilio Hübner e a archeologia lusitano-romana», *O Archeologo Português*, 6, 49-59.
- LÓPEZ DEL TORO, J. 1961-1962: «Correspondencia entre Don José López de Cárdenas y Don Fernando José de Velasco», en: *Homenaje al Profesor Cayetano de Mergelina*, Murcia, 469-511.
- LÓPEZ GÓMEZ, P. 1977: *José Cornide. El coruñés ilustrado*, La Coruña.
- MAIER, J. 2003: «II Centenario de la Real Cédula de 1803. La Real Academia de la Historia y el inicio de la legislación sobre el patrimonio arqueológico y monumental en España», *BRAH*, 200, 453-454.
- MAÑAS, J. 1983: *Eduardo Saavedra, ingeniero y humanista*, Madrid.
- MAS, C.; ABASCAL, J. M. 1998: «El viaje literario de Francisco Pérez Bayer por Valencia y Murcia (1782)», *Saetabi*, 48, 79-111.
- MARTÍNEZ-BARBEITO, C. 1968. *Exposición Cornide y su época. La Coruña, agosto-octubre 1966. Introducción, guía y catálogo por Carlos Martínez-Barbeito*, La Coruña.
- 1965: *Evocación de José Cornide*, La Coruña.
- MARTÍNEZ MAZAS, J. 1794/1978: *Memorial al Ilmo. y muy venerable estado eclesiástico del obispado de Jaén, sobre el indebido culto que se da a muchos santos no canonizados o que no le pertenecen por otro título que*

- el de los falsos cronicones y Retrato al natural de la ciudad y término de Jaén: su estado antiguo y moderno, con demostración de cuanto necesita mejorarse su población, agricultura y comercio*, Jaén [ed. facsímil: RODRÍGUEZ MOLINA, J.; MARTÍNEZ MAZAS, J. 1978: *Retrato al natural de la ciudad y término de Jaén*, Barcelona].
- MASSÓ, J. *et al.* 1992: *Un home per a la Història. Homenatge a Bonaventura Hernández Sanahuja*, Tarragona.
- MATA CARRIAZO, J. DE 1977: *El maestro Gómez-Moreno contado por él mismo*, Madrid.
- MATEU Y LLOPIS, F. 1953: *En torno de Pérez Bayer, numismata y bibliotecario*, Valencia.
- MAYANS, G. 1756: *Introductio ad veterum inscriptionum historiam litterariam*. Traducción y edición crítica de: ABAD, L.; ABASCAL, J. M. 1999, Madrid.
- MESTRE, A. 1983: «Mayans historiador», en: MAYANS, G.: *Obras completas, I. Historia*, Oliva-Valencia.
- 1981: *Perfil biográfico de Don Gregorio Mayans y Siscar*, Valencia.
- 1980: *Humanismo y crítica histórica en los ilustrados alicantinos*, Alicante.
- 1978: *El mundo intelectual de Mayans*, Valencia.
- MIRANDA VALDÉS, J. 2005: *Aureliano Fernández-Guerra (1816-1894). Un romántico, escritor y anticuario*, Madrid.
- MORA, G. 1998: *Historias de mármol. La arqueología clásica española en el siglo XVIII*, Madrid.
- 1997: «Literatura anticuaría», en: AGUILAR, F. (ed.): *Historia literaria de España en el siglo XVIII*, Madrid, 883-914.
- 1991: «Arqueología y poder en la España del siglo XVIII», en: ARCE, J.; OLMOS, R. (eds.): *Historiografía de la arqueología y de la historia antigua en España (siglos XVIII-XX). Congreso Internacional, Madrid, 13-16 diciembre 1988*, Madrid, 31-32.
- 1988: «Trigueros y Hübner. Algunas notas sobre el concepto de falsificación», *AEspA*, 61, 344-348.
- MORÁN, C. 1949: *La calzada romana de la Plata en la provincia de Salamanca*, Madrid.
- 1946: *Reseña histórico-artística de la provincia de Salamanca*, Salamanca.
- 1922: *Epigrafía salmantina*, Salamanca.
- 1920: «Curiosidades epigráficas de la provincia de Salamanca», *BRAH*, 77, 400-409.
- MOREL-FATIO, A. 1896: «Lettres d'antiquaires espagnols de la fin du XVIII siècle adressées au comte de Lumiares», *Bibliothèque de l'École des chartes*, 57.
- MURATORI, L. A. 1739-1742: *Novus thesaurus veterum inscriptionum in praecipuis earumdem collectionibus hactenus praetermissarum*, Milán, 4 vols.
- NAVASCUÉS, J. M^a.; GÓMEZ-MORENO MARTÍNEZ, M. 1953: *El concepto de la Epigrafía. Consideraciones sobre la necesidad de su ampliación. Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia por los señores D. Joaquín M.^a de Navascués y de Juan y D. Manuel Gómez-Moreno y Martínez en la recepción pública del primero el día 18 de enero de 1953*, Madrid.
- NOGUES, A. 1936: «Bibliografía de Bonaventura Hernández Sanahuja», *BA*, 5, n.º 6, 169-172.
- PASTOR FUSTER, J. 1991: *Elogio histórico y bibliográfico del ilustrísimo señor don Francisco Pérez Bayer*, Valencia.
- PÉREZ BAYER, F. 1998: *Francisco Pérez Bayer: viajes literarios*. Edición de Antonio Mestre Sanchís, Pablo Pérez García y Jorge Antonio Catalá Sanz. Valencia.
- 1782: *Diario del viaje que hizo desde Valencia a Andalucía y Portugal en 1782* (segunda parte), ms. Univ. de Valencia, Biblioteca, sign. M.935 (la primera parte no se conserva); F. Pérez Bayer, *Diario del viaje que hizo desde Valencia a Andalucía y Portugal en 1782*, 2 vol., Madrid, Biblioteca Nacional, sign. 5953-5954 (sin ilustraciones); F. Pérez Bayer, *Diario del viaje que hizo desde Valencia a Andalucía y Portugal en 1782*, Madrid, Real Academia de la Historia, sign. 9-5974 (olim: C-77), transcrito por Vicente Joaquín Noguera Climent (parcialmente impreso en *La Alhambra* 3, 1900, 295 y ss., 349 y ss. y 4, 1901, 9 y ss. y 154 y ss.); cf. Hübner, *CIL*, II, XXIII, n.º 75, que dio por perdido el ejemplar valenciano y empleó los dos conservados en Madrid; Gimeno 1993, 295, n.º 29; Stylow, *CIL*, II²/5, XXXV.
- PÉREZ DE GUZMÁN, J. 1918: «El Excmo. Sr. y R. P. D. Fidel Fita, S. J., Director de la Real Academia de la Historia», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 72, 97-112.
- PESET, V. 1975: *Gregori Mayans i la cultura de la Il·lustració*, Barcelona.
- REDONDO, J. A. 1989: «Mario Roso de Luna. Una visión muy particular de la historia antigua extremeña», *Alcántara*, 16, 115 y ss.
- REMESAL, J. 2003: «Trigueros epigrafista. La pasión de Hübner por Trigueros», en: GONZÁLEZ JIMÉNEZ, M. (ed.): *Carmona en la Edad Moderna. III Congreso de Historia de Carmona*, Carmona, 463-486.
- 1988: «Cuatrocientos años de historia e historiografía a través de la inscripción de C. Iuventius Albinus (*CIL*, II, 1054). La labor de Tomás Andrés de Gusseme en Lora del Río (Sevilla)», *Gerión*, 16, 223-253.
- 1981: *Tomás Andrés de Gusseme. Noticias pertenecientes a la historia antigua y moderna de Lora del Río, Alcolea del Río, Setefilla y Arva*, en: *Andalucía*, Lora del Río.
- RICO GARCÍA, M. 1780: *Lucentum, hoy la ciudad de Alicante en el reino de Valencia*, Valencia [hay edición crítica de Fletcher y Pla en Alicante, 1964].
- RIU, E. 1991: «Del mismo modo que el geólogo explica las edades de la tierra... La reflexión estratigráfica de B. Hernández Sanahuja en Tarragona (h. 1850-

- 1870)», en: ARCE, J.; OLMOS, R. (eds.): *Historiografía de la arqueología y de la historia antigua en España (siglos XVIII-XX). Congreso Internacional, Madrid, 13-16 diciembre 1988*, Madrid, 85-90.
- RODRÍGUEZ DE BERLANGA, M. 1901a: «Estudios epigráficos (Ensayo bio-bibliográfico del Doctor Emilio Hübner)», *Revista de la Asociación Artístico-arqueológica de Barcelona*, 3, n.º 26, 185-210.
- 1901b: «Estudios epigráficos. Ampliación a la nota necrológica hübnneriana inserta en esta revista», *Revista de la Asociación Artístico-arqueológica de Barcelona*, 3, n.º 28, 313-321.
- RODRÍGUEZ OLIVA, P. 1980: «Investigaciones arqueológicas del Marqués de Valdeflores», *Jábega*, 31, 41-46.
- RUBIO PAREDES, J. M^a. 1983: «Historia de la arqueología cartagenera II. Siglo XVIII», en: *XVI Congreso Nacional de Arqueología. Cartagena-Murcia 1982*, Zaragoza, 891-904.
- 1977: *Nicolás Montanaro. Observaciones sobre antigüedades de Cartagena*, Murcia.
- RUMEU DE ARMAS, A. 2001: *La Real Academia de la Historia*, Madrid.
- RUIZ, J. 1914: «Els canonges Foguet i González de Posada, arqueòlegs de Tarragona», *BA 2I*, n.º 3 y 4, 93-112 y 121-144.
- SAAVEDRA, E. 1881: *La geografía de España del Edrisí*, Madrid.
- 1861: *Descripción de la vía romana entre Uxama y Augustobriga*, Madrid.
- SABAU, P. 1870: *Noticia de las Actas de la Academia de la Historia, leída en Junta Pública el 26 de junio de 1870, por el Excmo. Señor Don ... Académico de Número y Secretario*, Madrid.
- 1862: *Noticia de las Actas de la Real Academia de la Historia leída en Junta Pública de 29 de junio de 1862 por D. ... Académico de Número y Secretario*, Madrid.
- SADA, P.; MASSÓ, J. 1997: «El Museo Arqueológico de Tarragona: un siglo y medio de historia», en: MORA, G.; DÍAZ ANDREU, M. (eds.): *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España. Madrid, 27-29 de noviembre de 1995*, Málaga, 149-162.
- SALAS, J. 2004: «José López de Cárdenas. El cura de Montoso», en: *Pioneros de la Arqueología en España del siglo XVI a 1912, Zona Arqueológica*, 3, Alcalá de Henares, 51-54.
- SEMPERE GUARINOS, J. 1785-1789: *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, Madrid, vol. 1: 1785; vol. 2: 1789a; vol. 3: 1789b; vol. 4: 1789c; vol. 5: 1789d; vol. 6: 1789e.
- SEÑÁN Y ALONSO, E. 1915: *Ensayo biográfico-crítico del Excmo. Señor D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe*, Granada.
- SOBERANAS, A.; MASSÓ, J. 1992: *Bibliografía impresa de Bonaventura Hernández Sanahuja*, Tarragona.
- SOLANO GÁLVEZ DE SAN PELAYO Y VILLALPANDO (MARQUÉS DE MONSALUD); FITA, F. 1900: *Arqueología romana y visigótica de Extremadura. Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Excmo. Sr. D. Mariano... el día 3 de junio de 1900. Contestación de Fidel Fita*, Madrid.
- STYLOW, A. U. 1995: «Von Emil Hübner zur Neuauflage von *CIL*, II. Anhang: Zu einer neuen Pales Inschrift aus Mirobriga», *MM(DAI)*, 36, 17-29.
- STYLOW, A. U.; GIMENO, H. 2004: «Emil Hübner», en: *Pioneros de la Arqueología en España del siglo XVI a 1912, Zona Arqueológica*, 3, Alcalá de Henares, 333-340.
- TORTOSA, T. 2004: «Aureliano Ibarra y Manzoni. Pedro Ibarra y Ruiz», en: *Pioneros de la Arqueología en España del siglo XVI a 1912, Zona Arqueológica*, 3, Alcalá de Henares, 175-185.
- UHAGON, F. R. (MARQUÉS DE LAURENCÍN) 1926: *Don Agustín de Montiano y Luyando. Primer Director de la Real Academia de la Historia*, Madrid.
- VALCÁRCCEL, A. 1852-1979: *Inscripciones y antigüedades del reino de Valencia. Memorias de la Real Academia de la Historia* 8, Madrid 1852 [editado por Antonio Delgado a partir del manuscrito enviado por el autor a la Real Academia de la Historia en 1805: *Inscripciones del Reino de Valencia la mayor parte inéditas copiadas de sus originales por el Excmo. Señor Príncipe Pío, Marqués de Castel Rodrigo, de la de Buenas Letras de Barcelona, de las Geografía-Histórica y de Matemáticas de Valladolid y de la de Artes y Ciencias de Padua*; edición facsímil, Valencia, 1979].
- 1796: *Inscripciones de Carthago Noua, hoy Cartagena en el reyno de Murcia*, Madrid 1796.
- 1781: *Carta que escribe el Excmo. Sr. D. Antonio Valcárcel Pío de Saboya y Moura, conde de Lumiares, a D. F.V.R. sobre los monumentos antiguos descubiertos últimamente en el barrio de Santa Lucía en la ciudad de Cartagena*, Valencia, 1781 [reeditado en edición facsímil bajo el título *Los monumentos antiguos de Cartagena*, Murcia, 1968].
- 1780: *Lucentum=Lucentum, hoy la ciudad de Alicante en el reyno de Valencia*, Valencia 1780.
- 1779: *Barros saguntinos. Disertaciones sobre estos monumentos antiguos, con varias inscripciones inéditas de Sagunto (hoy Murviedro) en el reino de Valencia*, Valencia.
- 1773: *Medallas de las colonias, municipios y pueblos antiguos de España hasta hoy no publicadas*, Valencia.
- VALDEFLORES, Marqués de: vid. VELÁZQUEZ DE VELASCO.

- VÁZQUEZ DE PARGA, L. 1935: *Colección de antigüedades que perteneció a D. Aureliano Fernández-Guerra; nota descriptiva por...*, Madrid.
- VARGAS ZÚÑIGA Y MONTERO DE ESPINOSA (MARQUÉS DE SIETE IGLESIAS) 1981: *Real Academia de la Historia. Catálogo de sus individuos. Noticias sacadas de su archivo I. Académicos de número*, Madrid.
- 1978: «Real Academia de la Historia. Catálogo de sus individuos. Noticias sacadas de su Archivo», *BRAH*, 175, 19-105, 309-352 y 533-574.
- VEGA, A. C. 1950: *La España Sagrada y los Agustinos en la Real Academia de la Historia*, El Escorial.
- VELÁZQUEZ DE VELASCO, L. J. (MARQUÉS DE VALDEFLORES) 1765: *Noticia del viaje de España hecho de orden del Rey y de una nueva historia general de la nación desde el tiempo más remoto hasta el año de 1516 sacada únicamente de los escritores y monumentos originales, y contemporáneos con la colección universal de estos mismos escritores y monumentos recogidos en este viaje*, Madrid.
- 1759a: *Anales de la nación española desde el tiempo más remoto hasta la entrada de los romanos: sacados únicamente de los escritos originales y monumentos contemporáneos*, Málaga.
- 1759b: *Conjeturas sobre las medallas de los Reyes Godos y Suevos de España*, Málaga.
- 1752: *Ensayo sobre los alfabetos de las letras desconocidas, que se encuentran en las mas antiguas Medallas y Monumentos de España. Por Don ... de la Academia Real de la Historia. Escrito, revisto y publicado de orden de la misma Academia*, Madrid.
- VV. AA. 1996: *Actas del I Congreso «La Ilustración y Jaén». Homenaje a un ilustrado: José Martínez de Mazas, Jaén, 7-10 de diciembre de 1994*, Jaén.
- WALCH, J. E. I. 1761-1764: *Das steinreich systematisch Entworfen*, La Haya.
- 1761: *Antiquitates Corinthicae ... praeside Io. Ern. Imman. Walchio... ad disputandum d. XXIII. octobr. MDCCLXI publice propositae a Ioanne Guilelmo Schmidio*, Jena.
- 1757: *Commentatio de veterum diis patriis qua loc. Act. XXIII, 14. illustratur*, Jena.
- 1753: *Persequutionis christianorum neronianae in Hispania ex antiquis monimentis probandae uberior explanatio...*, Jena.
- 1751a: *Dissertatio De Simone Coriario Act. X. 6... praeside Io. Ern. Imman. Walchio... publicae dissentientium disquisitioni submissa a Ioanne Carolo Augusto Masaeo*, Jena.
- 1751b: *Antiquitates Herculenses litterariae. Accedit Sylloge inscriptionum Herculanei atque in eius confiniis erutarum*, Jena.
- 1750: *Marmor Hispaniae antiquum vexationis Christianorum Neronianae insigne documentum illustratum...*, Jena.